

42

MUJERES
DEL
EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

POR LARMIG

SEGUNDA EDICION AUMENTADA CON EL CANTO TITULADO

LA HIJA DE JAIRO

PRÓLOGO

DEL SEÑOR DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

CUATRO PALABRAS ACERCA DE ESTA SEGUNDA EDICION

POR EL SEÑOR DON PEDRO D. MONTES.

(Con licencia eclesiástica.)

MADRID:

IMPRESA EDITORIAL Y CANTONIANA DE ARIBAU Y COMA

SOCIORES DE ESTA CIUDAD.

Calle del Duque de Osuna, núm. 5.

1874

SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTUOS
DE
OBREROS
DE
SORIA
BIBLIOTECA

1
48

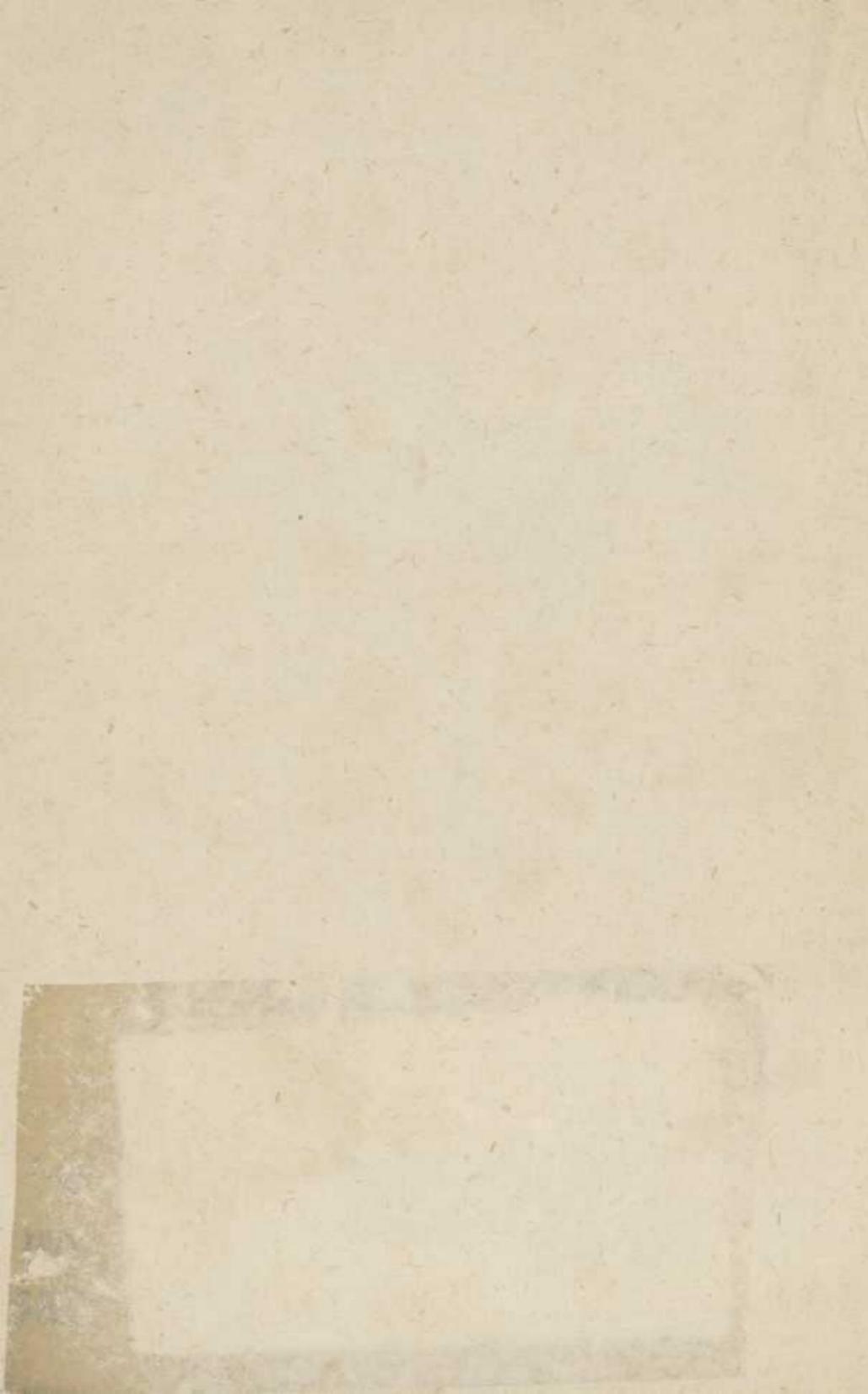


B.P. de Soria



61116362
D-1 2048

D-1
2048
6388



EVANGELIO

MUJERES DEL EVANGELIO.

UNIVERSITY OF CHICAGO

MUJERES
DEL
EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

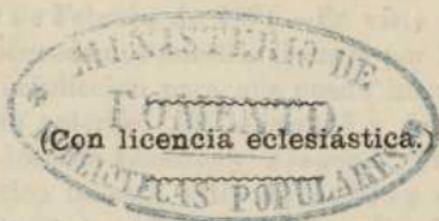
POR LARMIG

SEGUNDA EDICION AUMENTADA CON EL CANTO TITULADO

LA HIJA DE JAIRO

PRÓLOGO

DEL SEÑOR DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE,
CUATRO PALABRAS ACERCA DE ESTA SEGUNDA EDICION
POR EL SEÑOR DON PEDRO D. MONTES.



MADRID:

IMPRESA, ESTERECTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMP.
(SUCESOES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, núm. 5.

1874.

MULIERES

DEL

EVANGELIO

SEGUNDA EDICION

POR J. ARMIG

SEGUNDA EDICION AUMENTADA CON EL CASO TITULADO

La Hija de Hairo

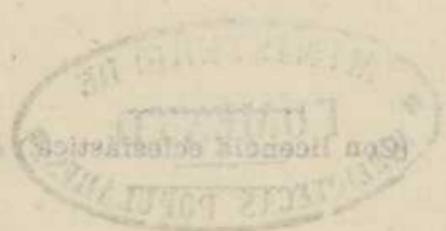
TRADUCIDA

DEL SEÑOR DON GABRIEL MURBE DE ARAN

CUATRO PATRONAS AGRADAS DE ESTA SEGUNDA EDICION

POR EL SEÑOR DON PEDRO DE MONTE

LIBRERIA DE EMERSON
COMERCIO
DE
BOGOTA
BARRIO



MADRID:

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BOGOTA Y LA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BOGOTA
Calle del Puerto de Santa Catalina, núm. 2.

1874

LICENCIA ECLESIAÍSTICA.

He leído con detenimiento el libro titulado MUJERES DEL EVANGELIO, CANTOS RELIGIOSOS, por *Larmig*, con un prólogo de D. Gaspar Nuñez de Arce. Nada he encontrado que en mi concepto se oponga á la pureza de la Fe Católica y sana moral: al contrario, se ajustan perfectamente al texto sagrado, mueven el corazon con sus bellas imágenes, tan piadosas como edificantes. Por consiguiente, su impresion y publicacion harán tan grande bien á la Religion Católica Apostólica Romana, como honrarán á su inspirado autor.

Madrid, 10 de Febrero de 1874.—Firmado.—MANUEL DE JESUS RODRIGUEZ.

Madrid, 10 de Febrero de 1874.—En vista de la censura que precede, concedemos nuestra licencia por lo que corresponde á esta jurisdiccion para que pueda imprimirse y publicarse el libro anterior. Así lo mandó y firmó el Ilustrísimo Sr. Dr. D. José de Lorenzo y Aragonés, Presbítero, Vicario Eclesiástico de esta Villa de Madrid y su partido, de que yo el Notario doy fe.—Firmado.—Dr. LORENZO.—Licenciado, JUAN MORENO GONZALEZ.—(Hay un sello que dice: «Vicaría eclesiástica de Madrid y su partido.»)

PRÓLOGO.

En medio del confuso clamoreo que desgraciadamente levantan en España las pasiones políticas, sociales y religiosas, cuya violencia, ó más bien, cuyo vértigo todo lo envuelve y atropella, instituciones, tradiciones, leyes, usos y costumbres, aparecen en la arena literaria las *Mujeres del Evangelio*. ¿Es este libro una protesta, una aspiracion, ó un gemido? No lo sé; pero cuando por todas partes se oye el trabajo de zapa de las ideas demoleadoras que minan los fundamentos antiguos de la sociedad española; cuando el polvo de las ruinas que de dia en dia se amontonan en este ardiente campo de batalla ciega nuestros ojos y oscurece nuestra inteligencia; cuando resuenan en nuestros oidos gritos fatídicos y desconsoladores; cuando la incredulidad avanza como la corriente desbordada de una inundacion; cuando los dioses y los reyes se van, hay en este libro, lleno de poesía verdadera, y escrito bajo la inspiracion sublime del Evangelio, algo que contrasta con el tumulto arrollador y la agitacion devoradora de estos tiempos perturbados y calamitosos. Edificar cuando tantos destruyen; acordarse de Dios cuando tantos le olvidan; buscar en las purísimas

fuentes de la religion ejemplos y símbolos contra la fria impiedad que invade el cuerpo social á modo de gangrena, es empresa digna de aplauso, que revela un alma noble y honrada; es ponerse generosamente en contra de la fuerza que mata y al lado de los sentimientos que vacilan, no esquivando la lucha, y queriendo salvar del general naufragio el sagrado depósito de nuestras creencias amenazadas.

El esfuerzo es propio de un gran poeta, y Larmig, ó mejor dicho, el escritor que se oculta modestamente bajo este singular seudónimo, lo es de gran valía. Hoy se revela al público; pero hace mucho tiempo que yo lo sabía. Permitaseme recordar una época lejana, que tiene para mí, y de seguro tiene tambien para Larmig, melancólicos encantos. Eramos casi niños; estábamos en esa edad de la vida en que se despiertan los deseos, como los gérmenes en el surco, sin forma sin color, y en que las realidades del mundo se presentan á nuestros ojos confusamente, ocultando sus dolores y miserias. Todas las tardes acudíamos á casa de Larmig cuatro adolescentes unidos por el doble vínculo de la amistad y de la poesía: él, Agustin Bonnat, Cárlos Rubio y yo. Leíamos, escribíamos y soñábamos juntos, sin que la más leve sombra enturbiase el vastísimo horizonte que abrian á nuestras aspiraciones juveniles la ilusion y la fantasía, entónces nuestras inseparables compañeras; nos consultábamos mutuamente nuestros tímidos ensayos literarios, animándonos y fortaleciéndonos con fraternal cariño; íbamos por el mismo camino, y creíamos en la gloria humana. ¡Ay! de los cuatro que nos reuníamos, dos han muerto ya prema-

turamente; el pobre Agustin Bonnat, que encubria bajo una forma ligera profundo espíritu de observacion, y Carlos Rubio, que cortando las alas á su poesía, se entregó sin reserva á las agitaciones febriles de la política, para morir abrumado en lo mejor de su edad por el cansancio y la desesperacion de la vida. Más de un año duraron nuestras diarias conferencias; despues el curso natural de los sucesos nos empujó por sendas diferentes: Larmig, á consecuencia de desgracias de familia, arrinconó su lira, y marchó á Inglaterra para emplear su actividad en más prosaicas, aunque más provechosas tareas; Bonnat entró en una oficina del Estado, y Carlos Rubio y yo nos lanzamos á la arena candente del periodismo. Pero en la breve y feliz época de nuestras reuniones nos fué permitido apreciar— aunque yo sólo pueda ya decirlo—el estro, la inspiracion elevada, el vigoroso sentimiento poético que ardia en el alma de Larmig, y que prometia seguros triunfos á su musa. Este convencimiento que de sus fuerzas abrigábamos explicará la pena con que entonces le vimos enmudecer, y la alegría que hoy siento ante la aparicion de las *Mujeres del Evangelio*, de estos dulcísimos cantos con que reanuda su interrumpida carrera literaria un poeta que ya habia creído muerto, y que en realidad sólo ha estado dormido.

Podria sospecharse quizás que la amistad, esa amistad contraida en los primeros años, tan difícil de romper y de olvidar, me hace juzgar apasionadamente las poesías de Larmig; pero contra esta sospecha opongo como defensa el juicio público, á quien ciertamente no puede acusarse de parcialidad, y que ántes que yo ha

anticipado su fallo favorable. Á pesar de que los tiempos que alcanzamos, tan revueltos y descreídos, no son los más propicios para que la voz de la poesía pueda sobreponerse á la desordenada gritería de nuestras intestinas discordias, es un hecho que la publicacion parcial de alguno de los cantos de esta coleccion ha producido en la esfera literaria un efecto tan inesperado como profundo. La prensa, haciéndose eco de esa impresion cada vez más viva, ha consagrado á estas poesías aisladas una atencion preferente: *El Debate*, *La Época*, *El Diario Español*, *El Eco de España*, *La Constitucion* y otros periódicos, cuyos títulos omito por no pecar de prolijo, han publicado, no una, sino varias veces, largas y meditadas críticas, celebrando el mérito de estos poemas, cuya trascendencia moral, engrandecida, por decirlo así, con la belleza de una forma pura, castiza, correcta y elegante, se ha impuesto á la turbulencia ruidosa de nuestras agitaciones políticas.

Y se ha impuesto, porque, como he tenido ocasion de manifestar al principio, las *Mujeres del Evangelio* son algo más que una obra literaria, algo más que la brillante explosion de una imaginacion poética; son un libro de combate, una protesta, una queja contra ese viento tempestuoso, que pasa sobre la tierra removida de Europa, derribando tronos, altares, tradiciones, sentimientos y creencias. Las *Mujeres del Evangelio* hablan á la inteligencia y al corazon, porque á la vez que tienden á reavivar la fe religiosa como elemento social, en estos tiempos llenos de incertidumbres y dudas, en que tan rudos golpes se le asestan,

hacen vibrar las cuerdas del sentimiento femenino, de esa grandiosa arpa humana, donde todas las ternuras y todos los dolores, todas la grandezas y todas las caídas encuentran su himno ó su lamento.

Desde el cariño maternal, que halla en **MARÍA** su expresion más sublime, hasta la purificacion de la pecadora **MAGDALENA** por el amor y el arrepentimiento; desde la caridad inagotable de **BERENICE**, piadoso y purísimo símbolo de la mujer valerosa, que, animada por el espíritu de Dios, consuela y cura en los hospitales, asilos y campos de batalla las enfermedades del alma y del cuerpo, hasta la creyente virtud de **MARTA**, que arranca del sepulcro á Lázaro, reanima su hogar, y revela que la fe no sólo puede mover las montañas, sino resucitar los muertos; desde la intuicion generosa de la **SAMARITANA**, que adivina y comprende por el sentimiento las más nobles y elevadas verdades, confusas y veladas quizás para los entendimientos superiores, hasta las interminables angustias de la **MUJER ADÚLTERA**, librada del suplicio, pero no rehabilitada ni en paz con su conciencia; todos los misterios del corazon, todas sus alegrías, todas sus penas, todas sus aspiraciones, todos sus castigos tienen en estos poemas su voz, su nota, su gemido y sus lágrimas. Larmig debe estar satisfecho de su obra, donde se expone el influjo eterno de la idea, ó mejor dicho, del sentimiento cristiano sobre la vida humana, y resalta el íntimo enlace, la conexion nunca interrumpida que existe entre la tierra y el cielo; entre el alma que goza, sufre y aspira, y el Dios que la ha criado, poniendo como límite á las miserias del mundo la inefable esperanza de

lo desconocido, que empieza en la hora suprema de la agonía.

Sobre la forma con que Larmig ha sabido revestir sus poéticas inspiraciones, todo cuanto dijera sería poco. Lo que bien se siente, bien se expresa. Hay en estos cantos una sencillez clásica, una elevacion de conceptos, un gusto tan exquisito; están de tal modo ajustados al asunto que tratan y dentro de la creencia que los inspira, que se explica naturalmente la honda impresion que en el público literario han causado. Ninguna imagen violenta los disloca, ningun giro vicioso ú oscuro los desluce; son majestuosos, persuasivos, insinuantes, como la doctrina que los vivifica, y se creeria, al leerlos, si no supiéramos que el autor vive entre nosotros, que estaban escritos por algun poeta de nuestro siglo de oro; tanto es lo que se aparta de las libertades y licencias que han introducido en nuestra literatura el influjo de extraños autores y la corrupcion del lenguaje, esa corrupcion que se ensancha con pena, pero sin sorpresa de los que atentamente la ven infiltrarse en nuestro idioma, porque demasiado comprenden que no habia de permanecer puro, firme é incólume el más poderoso instrumento de la inteligencia, cuando todo, en el órden moral, filosófico y político, se pervierte y derrumba.

Pinta Larmig á María en la hora del crepúsculo, cuando el sol va apagándose lentamente y el escaso resplandor de la luna empieza á iluminar las profundidades del cielo. Está sola al pié de la cruz, donde ha espirado su Hijo:

Lívida, demudada, macilenta,
 Con ambos brazos á la cruz se anuda;
 Viendo muerto á Jesus, y que ella alienta,
 De la verdad de su desgracia duda.
 ¡Ya en lastimera voz su mal lamenta,
 Ya el supremo dolor la deja muda!
 ¡Cuán padece la Madre desolada,
 Sin clavos y sin cruz crucificada.

Más adelante, en este mismo canto consagrado á la Madre del Redentor del mundo, á esa piadosa intercesora del linaje humano:

Amor que siempre acrece y nunca muere,
 Lluvia que alegra el prado y no lo anega,
 Mano que siempre cura y nunca hiere,

exclama inspirado el poeta, fijándose melancólicamente en las vanas felicidades de la tierra:

Sé que la dicha que el humano anhela,
 En este valle lóbrego no anida;
 Es ave cautelosa que no vuela
 Sino en alta region desconocida.
 ¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
 Que nada teme, que jamas olvida.
 ¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
 Del cielo en el recóndito misterio.

¡Con qué ternura expresa el poeta los encontrados sentimientos que embargan el corazón de Magdalena, cuando tocada por el amor divino, y pesarosa de los desórdenes de su pasada vida, arroja lejos de sí las galas, que son sus pecados, y se ruboriza por vez primera de su desnudez física y moral!

¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
 Con vergüenza se mira,
 Recordando su vida se estremece,
 Y el aire triste que en su torno gime,
 Murmullo de sus culpas le parece.
 Convulsa, al revolver en su memoria
 De su agitada historia
 Los recuerdos livianos,
 Rasga el bello cendal que la engalana,
 Y el rubor comprendiendo de Susana,
 El seno encubre con entrambas manos.

Para demostrar la insuficiencia de las vanidades del mundo, de la gloria del sabio, del guerrero y del poeta, que en último resultado no puede apartar del hombre la desdicha á que su pecado original, su primitiva caída, le condenan en este valle de lágrimas, se vale Larmig de una comparacion tan vigorosa como exacta:

Así los rios en veloz carrera
 Sus línfas llevan á la mar en vano,
 Sin poder endulzar una siquiera
 De las ondas del férvido Océano.

Larmig describe tan bien como siente. ¡Qué cuadro tan conmovedor el de Berenice, cuando atraída por el rumor de la muchedumbre que corre ansiosa á presenciar el suplicio del Redentor,

Se arrastra á la ventana; allí de hinojos
 Ve á Jesus á su puerta derribado,
 Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
 Y en ella fijos los inmóviles ojos,
 Ojos llorosos que piedad inspiran,
 Ojos sin ira que el perdón predicen,
 Ojos que tristes al mirar suspiran,
 Ojos que tiernos al mirar bendicen!

Estos cuatro últimos versos constituyen por sí solos todo un poema.

Como dechado de entonacion lírica y de riqueza de imágenes, no puedo resistir á la tentacion de trascibir las palabras con que Jesus anuncia á San Juan sus altos destinos y la concepcion maravillosa del *Apocalipsis* :

Óyeme, Juan : — Mi Padre te destina,
Del humano linaje para gloria,
Á escribir inspirado mi doctrina,
Siguiendo fiel las huellas de mi historia.

Del cerco de la tierra arrebatado
Tu espíritu á regiones inmortales,
Evocará las sombras del pasado,
Y aspirarás las auras germinales
Que en el *principio* á la materia inerte
Arrancaron del sueño de la muerte.

En gigantesco y portentoso vuelo,
Atravesando siglos á millares,
Y de lo porvenir rasgando el velo,
Verás el día de esperanza y duelo
En que luchen los altos luminares,
Incendiando los términos del cielo.

Ávida nube sorberá los mares,
La máquina del orbe derrüida,
Rotos ya sus fortísimos cimientos,
Sin concierto, sin forma, denegrída,
Cual leve arista llevarán los vientos.

Nunca acabaria si fuera á citar todos los primores de pensamiento y estilo que esmaltan estas poesías, y ademas sería trabajo inútil, toda vez que los lectores tienen ocasion de apreciarlos por sí mismos. Por otra parte, tampoco es en su genuina significacion un juicio

crítico el que escribo; fáltanme espacio, y quizás fuerzas para empresa tan difícil. Es más bien la expresión de las ideas que despierta en mí este libro, que en todo tiempo sería trabajo literario importante; pero que en las circunstancias presentes es también obra meritoria y honrada. En medio del trastorno general que conmueve las entrañas de nuestra sociedad, cuando todo vacila y cae con pavoroso estrépito, y no sabemos si se hundirá bajo nuestras plantas la tierra que pisamos, resquebrajada y rota; cuando las mismas sombras que nos espantan acaso nos impiden ver los abismos que nos cercan; cuando en todas las almas hay el presentimiento de la catástrofe, bienaventurado el poeta que recoge nuestras creencias, alza su voz sobre el tumulto de las pasiones desencadenadas, y al ver que todo se estremece en torno suyo, que desde las alturas oficiales, es decir, desde las regiones en que se forja el rayo, se declara guerra mortal á las religiones positivas como contrarias al progreso, tiene valor para dirigir á esta generacion tan frenética como desgraciada el piadoso ruego que Virgilio pone en labios de Enéas fugitivo, sin hogar y sin patria:—*Diis sedem exiguam rogamus*.—Os pedimos un pobre asilo para nuestros dioses, que quizás no tendrán templo mañana.

G. NUÑEZ DE ARCE.

11 de Marzo de 1873.

CUATRO PALABRAS ACERCA DE ESTA SEGUNDA EDICION.

Nunca me hubiera atrevido á poner mi humilde pluma en las primeras páginas de este libro, con tanta discrecion juzgado en el bellissimo prólogo que al frente de él puso una autoridad literaria de tanto valor como la de mi amigo el Sr. Nuñez de Arce, ni hubiera tenido la osadía de aventurar mi opinion acerca de una obra para la cual sólo han tenido los críticos más respetables elogios, que el juicio público ha confirmado, si no me ofreciera motivo la dichosa circunstancia de aparecer esta segunda edicion enriquecida con una nueva joya de inestimable precio, un nuevo canto que el autor ha querido añadir á esta colleccion de religiosas melodías.

Ni yo tengo autoridad para hablar del conjunto de esta obra, ni dotes literarias para hacer resaltar sus innumerables bellezas, ni habia necesidad de juzgarla cuando la elegante pluma del Sr. Nuñez de Arce lo ha hecho ya de una manera tan magistral en el magnífico prólogo que le sirve de introduccion. Sería en mí, no sólo descortesía, sino impertinencia extremada el querer dar mi opinion sobre un libro que lleva la recomendacion de una voz tan autorizada, y que, aun-

que no llevase más que la de su propio mérito, tenía sobrado derecho para alcanzar la estimacion universal.

Nada diré, pues, acerca de los seis cantos religiosos que se incluyeron en la primera edicion. Agotada ésta ántes de cumplir el año (caso poco frecuente en España), el autor de este libro, para dar una prueba de su gratitud, lo ha enriquecido, escribiendo el bellissimo canto de *La Hija de Jairo*, que por vez primera se da á luz en esta segunda edicion.

Acercas de esta nueva joya, que en concepto de personas autorizadísimas que la conocen, es acaso de mayor valía que las otras seis, tan estimadas ya, voy á decir cuatro palabras, no para enaltecer su mérito, que no necesita, para brillar, de mis pobres alabanzas, sino para llamar la atencion de los lectores sobre algunas de las innumerables bellezas que atesora.

Ya al hablar de los cantos de Larmig que se publicaron en la primera edicion de este libro, dijo el señor Nuñez de Arce que una de las cosas que más debieran admirarse en ellos era la sencillez clásica de su forma y lo castizo de su lenguaje, tanto que, si no supiéramos que el autor vive entre nosotros, se creería al leerlos que estaban escritos por algun poeta de nuestro siglo de oro.

Esa severidad clásica, que no se permite la más pequeña libertad ni en los giros ni en las palabras, resalta, del mismo modo que en los anteriores, en el canto de *La Hija de Jairo*, á pesar de las dificultades que ofrece el metro en que se ha escrito. Para Larmig no hay dificultades ni imposibles; ántes, por el contrario, parece que se complace en buscarlas para tener

el gusto de vencerlas; de tal modo juega con las contrariedades de la rima. No hay seguramente en la verificación castellana un metro más difícil de manejar y ménos flexible que el que ha elegido Larmig para escribir su último canto. Y sin embargo, ni un solo ripio de concepto ni de palabra se encontrará en todo él, ni una sola trasposición violenta, ni una frase oscura, ni un solo período al que falten sonoridad y elegancia. Para hacer versos tan fluidos, tan armoniosos y tan delicados en un metro tan difícil, se necesita tener sobre el idioma todo el dominio que tiene Larmig.

Pero ¿qué significan los primores del lenguaje, lo castizo y elegante de la dición y la sonoridad de la rima, comparados con la grandeza de las ideas, con la profundidad de las sentencias, con la ternura de los conceptos, con la santidad de las doctrinas, y con la belleza sorprendente de las imágenes que en tan corto espacio encierra este canto delicadísimo y maravilloso?

Conocido es de todo el mundo lo poco que dice el Evangelio acerca de la resurrección de la hija de Jairo.

El poeta, al tomar este sencillo y conmovedor pasaje de la historia del Salvador para asunto de uno de sus cantos, comienza por pintar el inmenso dolor de un padre que ante el cadáver de su única hija, de la que era consuelo y alegría de su corazón, atormentado por el más acerbo sentimiento, contempla silencioso los restos inanimados de aquella dulce prenda, que aún conservan todo el atractivo de su virginal belleza.

El retrato de la niña, que parece dormir tranquilamente sobre su lecho mortuario, es de lo más acabado que se puede imaginar.

Conserva todavía
 Su cuerpo inanimado
 Del rostro nacarado
 La delicada tez,
 Las hebras del ondoso
 Cabello refulgente,
 Del seno la naciente
 Alzada redondez.
 Semeja de alabastro
 Bellisima escultura,
 De larga vestidura
 Y helénico perfil;
 Y su expresion revela
 Que un dulce pensamiento
 La suavizó el momento
 Amargo de morir.

No encuentra el desconsolado padre alivio á su dolor hasta que una idea inspirada viene á iluminar como un rayo de luz las sombras en que su alma está envuelta; acuérdase del maravilloso relato que ha oido acerca de un varon incomparable que resucita los muertos y da vista á los ciegos, y sin vacilar un momento, con toda la seguridad que da la fe, sale de su casa y corre en busca de Jesus Nazareno:

Del HOMBRE á quien le deben
 Su luz la inteligencia,
 Sus fueros la conciencia,
 Su vida el corazon,
 La muerte sus encantos,
 Su palma el sacrificio,

Y derrocado el vicio,
Magnánimo perdon.

Obsérvese con qué tacto, en lugar de pretender delinear el retrato de la majestuosa belleza del Hombre-Dios, el poeta ha resumido en estos ocho versos el trasunto de cuanto debe el humano linaje al hijo de María.

La resurreccion de la niña la ha pintado Larmig de la manera más dulce y más poética que cabe imaginar, sin que en el sereno cuadro que traza su pincel aparezca la sombría imágen de la muerte. Veámosla reanimarse á la voz de Cristo :

Y cual Abril benigno

Tras crudo invierno fiero

Desata al prisionero

Helado manantial,

Así su voz deshace

El hielo de la muerte,

Y el bello cuerpo inerte

Principia á respirar.

En sus rasgados ojos

Luz apacible brilla,

Colora su mejilla

Ligero rosicler.

.

¡Qué diferencia entre este cuadro apacible y aquel otro cuadro patético, recargado de tintas sombrías, que trazó su prodigiosa pluma al describir la resurreccion de Lázaro !

Permítaseme copiarlo tambien para que más al vivo resalte la diversidad de entonacion. Jesus baja á la cueva que encierra sus despojos :

Morada sepulcral, gruta sombría,
De pardas rocas y de ambiente insano,
Que con pálida luz alumbra el día,
Y á do nunca llegó ruido mundano.

El túmulo mirando enternecido,
Con el fervor profético que anuncia
La certeza de ser obedecido,
«Lázaro, vén á mí», Cristo pronuncia.

Por la cóncava bóveda retumba
Su voz, cuanto solemne, poderosa,
Y subyugada la insensible tumba,
Se quiebra y salta la marmórea losa.

¡Y el prodigio se cumple! Se va alzando
Sobre la abierta fosa cuerpo inerte,
Con espanto y con pena despertando
Del sosegado sueño de la muerte.

No es caprichosa esta diferencia entre los dos cuadros que representan dos prodigios de igual naturaleza; el poeta ha obedecido en esto á un sentido profundamente filosófico y religioso. La resurreccion de Lázaro representa en la doctrina católica la redencion del pecador regenerado por medio de la penitencia, y su vuelta á la vida por la purificacion del arrepentimiento. La resurreccion de la bella hija de Jairo simboliza el triunfo de la virtud y de la inocencia en su lucha contra el vicio y el pecado, que es la muerte.

El primer movimiento de la niña no es de admiracion ni de alegría; apoyándose en el brazo de su padre, sus primeros inciertos pasos diríjense instintivamente á la ventana para buscar con mirada melancólica el cielo, de donde acaba de llegar; registra la inmensidad del espacio, y al no descubrir la seráfica vision que en su sueño la extasiaba, deja caer triste-

mente su cabeza sobre el pecho. Es que echa de ménos las inefables delicias de la mansion divina, á cuyos umbrales habia llegado.

Nada más difícil para el poeta que lo que Larmig ha intentado en este bellissimo canto. Dar un ligero trasunto, siquiera sea vago é indefinido, de la inconmensurable belleza, de las deslumbradoras maravillas de la morada celestial, en que las almas, al sacudir su terrenal vestidura, van á confundirse en un eterno amor con su Criador omnipotente; querer pintar la suma majestad y grandeza de aquellos infinitos espacios, que no tienen medida, y que no ha podido sondear mirada humana, ni apénas acierta á imaginar el inefable éxtasis de la fe, es una empresa muy superior á toda humana criatura, y el poeta únicamente se ha atrevido á llegar con su rica imaginacion á la puerta del cielo, siguiendo á su heroína en su sublime vuelo al traves de la inmensidad.

Véase con qué mágico encanto refiere la inocente niña el suave tránsito de esta vida de dolores á aquella otra vida de eternos é inefables goces :

Mis párpados de pronto
Se entornan blandamente,
Arómase el ambiente
Con nardos y azahar ;
Me arrulla y me embelesa
De oculta lira de oro,
Dulcísimo, sonoro,
Armónico vibrar.

Hollando con sus plantas
Arbolada nube,
Gentil, blondo querube

Del éter descendió.
 Del morador del cielo
 El cerco centellante
 Con esplendor brillante
 Mi faz iluminó.

Refiriendo luégo las maravillas que vió en su paso
 para el cielo, dice así :

De esfera á esfera cruzan
 Estrellas misteriosas,
 Y notas cadenciosas
 De mágico laud,
 Y de abrasada mirra
 Embalsamadas nubes,
 Y aligeros querubes
 Y espíritus de luz.

¡Qué ingenioso es el recurso de que se vale para explicar por qué la niña no pasó de los umbrales de la mansion celestial, en donde la detuvo el triste lamento del padre que abandonado quedaba en este valle de lágrimas y sufrimientos!

Yo he visto, padre mio,
 De par en par abierta
 La reforzada puerta
 A do se estrella el mal,
 Y al traspasar del cielo
 El muro de diamante,
 Gemido penetrante
 Me tuvo en el umbral.

En Palestina un hombre
 Mi ausencia lamentaba,
 Llorando me llamaba.
 Escucho, y es tu voz.
 Y tiemblo, gimo, dudo,
 Me rinde tu quebranto,

Y dejo al ángel santo
Y acudo á tu dolor.

Tendria que copiar una por una todas las magníficas estrofas de esta composicion si me propusiera enumerar todas sus bellezas, los brillantes rasgos de imaginacion en que resplandece la inspiracion del poeta, el encanto irresistible de las imágenes que emplea, y la profundidad de sus pensamientos.

Por otra parte, el Sr. Nuñez de Arce, en su bellissimo prólogo, ha enumerado, con una elocuencia que yo en vano intentaria imitar, todas las inapreciables dotes que hacen de Larmig un poeta perfecto, y de su libro una sublime y enérgica protesta contra la impiedad y la duda que corroen y destrozan el corazon de nuestra sociedad.

Pero aún á riesgo de parecer molesto, no dejaré de llamar la atencion hácia un rasgo delicadísimo y de inefable ternura, que por sí solo basta para hacer el retrato de la niña angelical, consuelo y alegría del virtuoso Jairo.

La dulce niña, que ni aún siquiera sabe que debe su milagrosa resurreccion á la poderosa voluntad del Hijo de Dios, á cuya voz se suspenden las incontrastables leyes de la naturaleza, explica su vuelta al mundo de una manera tan conmovedora como inocente. Al poner el pié en el umbral del reino de la infinita felicidad, cuando va á anegarse en aquel inmenso piélago de delicias inefables, dice, en los sentidos versos que acabo de copiar, que llegó á su oido la quejumbrosa voz con que la llamaba su padre, y comprendiendo el desconsuelo que le causaba su ausencia, la ternura

filial se sobrepone á todo, renuncia á los eternos bienes en cuya posesion va á entrar, y descende con presteza adonde le llamaban los gemidos de su padre, porque, segun ella,

¿Qué vale mi ventura
Si cuesta tu pesar?
Es caro el goce eterno
Con tu afliccion comprado,
No quiero de tu lado
Volverme á separar.

¿Qué mayor sacrificio se puede exigir á la ternura de una hija que el abandonar las mayores felicidades para enjugar el llanto de su anciano padre, prefiriendo la compañía de éste á todas las venturas y á los goces del mundo?

A todos ellos le parece preferible la dulce quietud del hogar paterno y su venturosa paz. Allí está, en efecto, la dicha, que consiste en la serenidad y en la quietud del alma; allí está la alegría que vivifica el corazon, y por muchas que sean las felicidades y las grandezas que en el arrebatado curso de la vida nos rodeen y nos deslumbren, en cualquier momento en que aparezcan á nuestra memoria las horas tranquilas de la infancia pasadas en el hogar paterno, lanzarémos involuntariamente un suspiro de triste melancolía, echando de ménos aquella inocente quietud en que nuestra alma respiraba desahogadamente, libre del peso de toda culpa.

PEDRO DOMINGO MONTES.

MARÍA.

- I. Invocacion. — Pureza virginal. — *Ave Maria*. — Nacimiento de Jesus. — Amor materno. — Los sabios de Oriente. — Heródes. — Huida de Egipto.
- II. Cristo. — Su predicacion. — Sus milagros. — El lábaro del Gólgota.
- III. *Stabat Mater*. — Las tres coronas. — Símbolo del dolor.
- IV. La *Asuncion*.
- V. Plegaria.

I.

Rosa á la orilla del Jordan nacida,
Inmaculada virgen de Judea,
Estrella de los cielos desprendida,
Aura del manso mar de Galilea,
Lirio del valle de perenne vida,
Luz que los ojos de Jehová recrea,
De la prole de Adan gala y encanto,
Madre del Hombre-Dios, tu vida canto.

II.

El arpa dame del querub ardiente,
Que Reina del empíreo te proclama;
Dame que brille en mi abatida frente
De tu alma inspiracion la intensa llama;
Desvanece las nieblas de mi mente
Y en casto amor mi corazon inflama.

¡Qué invencible poder tendrá mi lira
Si la Madre de Dios mi canto inspira!

III.

Inspirado por tí, régio caudillo
En Covadonga alzó la cruz gloriosa
El de Urbino copió del cielo el brillo
Pulsó León la cítara armoniosa;
Inspirado por tí, trazó Murillo
Su bella y lastimera *Dolorosa* (1).
Y al trasladar al lienzo tus enojos
Soñó tu faz y adivinó tus ojos.

IV.

Yo el eco quiero ser de tu voz pura,
El alma que comparta tus pesares,
Plectro de oro que alabe tu dulzura
En plácidos y févidos cantares,
Pedestal de tu angélica hermosura,
Incienso que se abraza en tus altares,
Césped que pise tu nevada planta,
Pecho que encienda tu mirada santa.

V.

Ni el oro acrisolado, ni el ligero
Copo de nieve, ni el arrullo blando
Del céfiro del alba lisonjero,
Ni el rocío azucenas coronando,
Ni de la infancia el sueño placentero,
Ni de tiernas palomas níveo bando,
Ni el diáfano cristal, ni el claro día
Igualan la pureza de María.—

VI.

¿Qué misterioso sér los aires hiende,
Larga huella dejando luminosa?
Raudo hácia Nazarét el vuelo tiende
Y de María en la mansion reposa;
Lino sutil desde sus hombros pende
Que le envuelve cual nube vaporosa,
Y con doradas flores enguirnalda
Sus cabellos que flotan por la espalda.

VII.

• No soy, exclama, el ángel iracundo
• Que abraza pueblos y predice males;
• Vengo á anunciar que el Redentor del mundo
• Se alberga en tus entrañas virginales.
• De la gracia de Dios raudal fecundo
• Desciende de las cumbres celestiales.
• María, gloria á tí. Del cielo amigo
• Soy el eco no más. Dios es contigo.

VIII.

Dice, y traslada de su pura frente
Á la no ménos pura de María
La guirnalda que en cerco refulgente
Sus ondulantes hebras recogia,
Y esparciendo en redor profusamente
Esplendores, aromas y armonía,
En apacible y sosegado vuelo
El bello arcángel se devuelve al cielo.

IX.

El rostro ebúrneo de rubor cubierto
Escucha al ángel la mujer bendita,
Y empieza ya á sentir gérmen despierto
De ajena vida que su seno agita.
Para una flor contempla el sol abierto,
Claro sol que fecunda y no marchita,
Y que ella es esa flor, la flor preciada
De nuestro eden perdido trasplantada.

X.

Suspenden las divinas maravillas
Á la modesta Virgen pudorosa,
Y en el suelo cayendo de rodillas,
Entornando sus párpados de rosa,
Con encendido fuego en las mejillas
Las manos cruza y dice temblorosa:
• Cúmplase ¡oh Dios! lo que benigno ofreces;
• Tu humilde sierva soy; tú me enalteces.

XI.

Y pasan dias, y del polo helado
Baja entre densas nieblas el invierno,
Y en un pueblo escondido y apartado
Viene á la luz el Hijo del Eterno
En mísero portal, desamparado,
Sin más apoyo que el amor materno;
Que tan sólo al cariño de María
Dios el cuidado de Jesus confia.

XII.

Es el amor materno, amor del cielo,
Amor sin recompensa ni mudanza,
¡Cuántas horas de hiel y de desvelo
En premio de su afán la madre alcanza! —
Los que en desesperado desconsuelo
De nuestra alma negais la semejanza
Con el Dios de bondad, de todos Padre,
Recordad el amor de vuestra Madre.

XIII.

Nueva estrella su luz al orbe envía
Y abrillanta el azul del firmamento
Para anunciar del Hijo de María
El ya profetizado nacimiento;
Sirve á tres sabios de certera guía
Que acuden á prestarle acatamiento
Desde remotos climas del Oriente,
Y adoran á Jesus humildemente.

XIV.

Temiendo Heródes la funesta suerte
Que le reservan implacables hados,
Si creciendo Jesus, con mano fuerte
Rompe su cetro y reina en sus Estados,
Manda que den innmerecida muerte
Sus dóciles y bárbaros soldados
Á cuantos niños en materno pecho
Encuentran dulce miel y suave lecho.

XV.

Al ver á los sicarios inhumanos,
La noble frente Palestina enluta;
María huyendo de sus viles manos
De Egipto emprende la penosa ruta;
Cruza desiertos, rios, montes, llanos,
Y ora se oculta en tenebrosa gruta,
Ora se pierde en desusada senda,
Llevando en brazos de su amor la prenda.

XVI.

Asustan su embargada fantasía
Los cantos de los hijos del desierto,
El silencio mortal de noche umbría,
Del árbol deshojado el tronco yerto,
La deslumbrante claridad del dia,
El mar que hierve en el lejano puerto.
Y en su continuo afan apénas osa
Convertir hácia atrás la vista ansiosa.

XVII.

Huella por fin su fugitiva planta
Las llanuras que inunda el fértil Nilo,
Y besa la abrasada arena santa
Del pueblo amigo que la presta asilo;
Con inmenso placer mira y la encanta
El rostro de Jesus bello y tranquilo,
Y su oprimido pecho acongojado
Respira ya sin torcedor cuidado.

XVIII.

Crece el fruto que dieron tus entrañas
Cual árbol junto á márgen caudaloso. —
Abandona ciudades y cabañas
Para correr tras él el pueblo ansioso,
Siguiéndole á desiertos y montañas. —
En secular letargó vergonzoso
La humanidad yacía torpe y yerta,
Y de Cristo á la voz, jóven despierta.

XIX.

No se muestra con rayos encendidos,
Ni ciñendo á la sien laurel sangriento;
No quiere alucinar á los sentidos,
Sino en el corazon tomar asiento;
A toda desventura presta oidos;
Embalsama el pesar su dulce acento.
Sus portentos ni asustan ni estremecen;
Sus milagros consuelan y enternecen (2).

XX.

Cristo, ni airado en Sinaí fulmina,
Ni en diluvio voraz anega el suelo,
Ni difunde el terror en Palestina;
De la sublime caridad modelo,
Con su ejemplo corona su doctrina,
Muere sobre la cruz, aplaca al cielo,
Y tremola del Gólgota en la peña
De la virtud la salvadora enseña.

XXI.

Y ora tras mí venid.—En el ocaso
El sol se va apagando lentamente,
Y de la luna el resplandor escaso
Entristece los campos del Oriente.
Hacia el Calvario enderezad el paso,
Silencio sepulcral hiela el ambiente;
Allí al pié de la cruz llora María
En pavorosa soledad sombría.

XXII.

Lívida, demudada y macilenta
Con ambos brazos á la cruz se anuda;
Viendo muerto á Jesus y que ella alienta
De la verdad de su desgracia duda;
Ya en lastimera voz su mal lamenta,
Ya el supremo dolor la deja muda.
¡Cuál padece la Madre desolada,
Sin clavos y sin cruz crucificada!...

XXIII.

La negra sombra de la noche oscura
Ni tibio rayo de esperanza aclara.
El cáliz de la hiel tu labio apura,
Se pierde tu clamor, nadie te ampara...
¿No hay un querub en la celeste altura
Que le mueva el pesar que te acibara?
¿Cómo no se desgarrá el firmamento
Al repetir el eco de tu acento?

XXIV.

¡Lloras! ¡Madre infeliz!—¿No era bastante
A redimir la culpa cometida,
En suplicio horroroso y humillante
Inmolar de Jesús la excelsa vida?
¿Para qué abrir con dardo penetrante
De tus dolores la profunda herida?
Ya derrocado de su s6lio el vicio,
¿De qué sirve tu est6ril sacrificio?

XXV.

El S6r, por cuya mano poderosa
En alto pedestal te hallas alzada,
Quiso sin duda ver tu frente hermosa
Con tres santas coronas adornada:
De madre la diadema esplendorosa,
De v6rgen la guirnalda inmaculada,
Y la aureola inmortal, c6ndida y pura
De la no merecida desventura.

XXVI.

¡Ah! tú eres el dolor volando al cielo,
Bajel que boga en tormentosos mares.—
Tú sabes de la vida el desconsuelo,
Tú sabes, Madre, lo que son pesares.—
Es un valle de lágrimas el suelo,
Y el dolor debe estar en los altares (3).—
SÍ, tú eres del dolor símbolo santo,
Y tú, al llorar, enalteciste el llanto.

XXVII.

Mas ya de rosicler hollando nubes ,
Del orbe dejas la mezquina esfera ,
Y circundan espléndidos querubes
Con estrellas tu unvida cabellera ;
En sus alas al cielo ráuda subes ;
Tu llorado Jesus en él te espera ;
Y la difícil puerta en el instante
Rueda sobre sus ejes de diamante.

XXVIII.

Allí en tablas de mármol esculpida ,
De tu martirio ves la amarga historia,
Al comenzar tu nueva y grata vida,
Con doblado placer canta la Gloria.
Mas no borre tu dicha indefinida
De tu terreno viaje la memoria ,
Y no te olvides del que gime triste
En este valle donde tú gemiste.

XXIX.

Mira , señora , que á tus piés me postro
Demandando piedad , que ya me abate
Desatado huracan , y en vano arrostro
Del Ponto bramador el recio embate.
Á mí convierte tu divino rostro ,
Y lucirá la paz tras el combate ;
Muévate mi dolor , dame el descanso ,
Torna el revuelto mar en lago manso.

XXX.

Eres astro que alumbra y que no ciega,
Amor que siempre acrece y nunca muere,
Lluvia que alegra el prado y no lo anega,
Mano que siempre cura y nunca hiere.
El SEÑOR á tu ruego nada niega :
¿Qué se puede negar á quien se quiere?
Y pues tu labio cuanto pide alcanza,
Dame, si no la dicha, la esperanza.

XXXI.

Sé que la dicha que el humano anhela,
En este valle lóbrego no anida ;
Es ave cautelosa que no vuela
Sino en alta region desconocida.
¿Qué es la dicha ? El amor que no recela,
Que nada teme, que jamas olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio ?
Del cielo en el recóndito misterio.

XXXII.

Y ¿qué fuera ese cielo prometido
Sin el encanto del amor dichoso ?
Un desierto sin linde conocido,
Y cuanto más inmenso más penoso,
Vasto templo con oro revestido,
Encerrando sepulcro silencioso ;
Y es la pena mayor del negro averno
Eterna vida, sin amor eterno.

XXXIII.

Palma de Nazaret, Virgen Maria,
Cual la ofrenda de Abel suba ligera
En vuelo fácil la plegaria mía
Al almo cielo, do el amor impera;
Y miéntras luce el suspirado día
De abandonar la terrenal esfera,
No desampares al que gime triste
En este valle, donde tú gemiste.

XXXIV

Se que la dicha que el humano anhela,
En este valle fúlgido no se halla,
Es ave cantadora que no vuela,
Sino en alta región desconocida.
Que es la dicha? El amor que no recala,
Que nada teme, que jamás divide,
¿Dónde el peregrino que busca el paraíso,
Del cielo en el resplandido anhela?

XXXV

Y que fuera ese cielo prometido,
Sin el encanto del amor dichoso,
Un desierto sin huida conocida,
Y cuanto más limitado más perdido.
¿Este tiempo con oro resplandido,
Eucaristía sagrada y silenciosa,
Y es la paz mayor del magro ayuno,
Eterna vida, es el amor eterno?

MAGDALENA.

- I. Aspecto general de Judea.—Jerusalén.
- II. Las Judías.—Magdalena.—Sus encantos.—Sus vicios.
- III. Sermon en el monte de Betsaida.
- IV. Arrepentimiento de Magdalena.—Amor divino.—Grandes angustias.
- V. Jesus en casa de un fariseo.—La pecadora á los piés de Cristo.—Perdon de Magdalena.

I.

Venid á contemplar de la Judea
Los montes escarpados,
Los áridos desiertos abrasados,
Y del tranquilo mar de Galilea
Los bordes esmaltados
Con fragantes verjeles
De azucenas, de nardos y claveles.
Riega el Jordan undoso,
Rey de los rios raudos y caudaloso,
Extendidas y fértiles praderas,
Cuajadas de olivares,
De cedros seculares,
De altísimas y lánguidas palmeras.
De Samaría subid á la colina,
De Tabor á la cumbre majestuosa;
Escuchad del Cedron la tormentosa
Corriente cristalina
Rompiéndose en arroyos y cascadas;

Bajad de Getsemáni al huerto ameno ,
De jugosas granadas
Y perfumados terebintos lleno.

Mas el paso tened : la amarillenta ,
La Muerta Mar por el Oriente asoma ,
Laguna macilenta ,
Que cubre el llano que manchó Sodoma.
Ni las auras agitan ,
Ni los peces habitan
El turbio , inmundo seno
De aquel lago fatal , mar de veneno ;
Y si un ave atrevida
Sobre él las alas tiende ,
Párase , vuelve atras , desvanecida ,
En revuelta espiral rauda descende
Y en el callado mar flota sin vida (4).

El pobre albergue de Belen dichoso
Ved , y de Jericó la flor temprana ;
Seguid la soñolienta caravana ,
Que el desierto arenoso
Cruzando va con paso perezoso.

Ya de Jerusalem el alto muro
Píntase en el oscuro
Y lejano horizonte :
La escogida ciudad , la ciudad santa ,
Al pié de estéril ceniciento monte
La régia sien con majestad levanta ;
La ciudad del profeta ,
Ensalzada con cántico armonioso
Por el sacro pastor , rey y poeta ;
La perla del Oriente ,
Donde alzó Salomon el portentoso
Templo al Omnipotente ,

Que todo un pueblo fabricó, anheloso
De hacer á Dios magnífico presente (5).

De la alma paz bajo la verde oliva
Acrecen su opulencia y su grandeza;
La asiática riqueza
Veréis doquier en la ciudad altiva:
De la Arabia los rápidos corceles,
Del Egipto las mieses abundantes,
De las fieras de Libia rubias pieles,
Vinos de Chipre, de Indostan diamantes,
De Persia los brocados,
Los mármoles de Italia celebrados,
Del Líbano los cedros y nogales,
Y en confusión espléndida hacinados
Oro de Ofir, zafiros y corales.

II.

Viven allí bellísimas mujeres:
Las de morena tez y ojos rasgados
(Que brillantan y entornan los placeres),
Las del erguido y elegante cuello,
De dientes nacarados,
Aguileña nariz, negro cabello;
Mujeres hechiceras
Con la suelta esbeltez de las palmeras,
De formas torneadas,
Cual estatuas por Fídias modeladas.
Y entre todas descuella,
Como en florido edén rosa encendida,
Magdalena, la bella,
De mirada atrevida,
De turbulenta y desastrosa vida.

Cuando lanzando el sol destellos rojos

Se sepulta en el mar, de su morada
Vedla salir; de fuego son sus ojos,
Y es su boca la flor de la granada;
La túnica azulada
Con áureo cinturón va recogida;
Con sandalia oprimida
Sujeta su pié breve,
Lascivo prisionero,
Nítido como el ampo de la nieve;
Blanco velo ligero
Más señala que encubre los hechizos
De su turgente pecho levantado,
Y ondula por la espalda el destrenzado
Cabello en luengos vaporosos rizos.

Y esa hermosa tan jóven y gallarda
Es cincelado vaso de oro puro,
Que sólo flores agostadas guarda,
Ruina que encubre diamantino muro.
Sin escuchar la voz de los deberes,
Son su idea constante
Fingir pasiones, inventar placeres,
Y cada sol conoce nuevo amante.

Sirena engañadora,
Risueña y tierna ora
Se muestra, ora doliente;
Ya la máscara adopta seductora
De modestia inocente,
Ya el deseo adormido
Cauta despierta con desden fingido;
Ya voluptuosa, lánguida, indolente,
Sobre lecho de flores recostada,
Suspira del amor dulces pesares,
Como la enamorada
Esposa del *Cantar de los Cantares*.

De la embriaguez de amor á la del vino,
Del lupanar pasando á las orgías,
Rodando van sus miserables días
En un vertiginoso torbellino:
Y si al salir de fiesta bulliciosa
Hondo temor de su alma se hace dueño,
Piensa que la conciencia que le acosa
Sólo es fantasma de mentido ensueño.
Así de aquella envilecida hermosa
Pasan los breves años,
No exentos de dolor y desengaños;
Que ni por senda fácil, ni escabrosa,
Ni en marcha pronta ni con paso tardo,
Se arriba en este mundo á la ventura;
Ni ciñe la hermosura
Para quebrar de la desdicha el dardo
Damasquina armadura.

III.

En clarísimo día,
Del monte de *Betsaida* ve en la cumbre
Magdalena apiñada muchedumbre
Que la palabra de Jesús oía.
Nunca, hasta aquel momento,
El solemne, tranquilo y dulce acento
Pudo escuchar del Hijo de María,
Ni contempló su varonil belleza,
Ni la santa pureza
Que en su mirada angelical ardía.
Y con pausada voz firme y sonora,
Con ademán sencillo y majestuoso,
Dice Cristo á la turba pecadora
Que le escucha en silencio respetuoso:

- «Hijos vosotros sois del Sér divino
- Que de la *Ley las tablas* dió á Judea;
- De la virtud seguid por el camino
- Que Él os trazó, por áspero que sea.
- No me manda mi Padre á castigaros,
- Que me manda á enseñaros,
- Las preces á escuchar de los que imploran,
- Los ojos á enjugar de los que lloran,
- Y á morir en la cruz para salvaros.

• Mirad al Rey, que os anunció el Profeta :

- Soy el Hijo de Dios, soy el Mesía,
- Que el rayo apaga, que la mar aquietta,
- Del viejo amparo, de la infancia guia.

• No llevo manto régio, cetro de oro,

- Ni diadema altanera ;
- La humildad y el amor son mi tesoro ;
- Mi ley, la ley de la virtud severa ;
- Mis próceres serán los desgraciados,
- Y sin lanzas, ni aceros, ni soldados
- Vengo á regir la humanidad entera. —

- Si de la tierra os hieren los abrojos,
- Al alto cielo convertid la frente ;
- Si escandalizan vuestros propios ojos,
- Las pupilas cegad con hierro ardiente.

• La obra que á Dios complace

- No sirva de satánico trofeo ;
- Perseguid el pecado cuando nace
- Y en los pliegues se oculta del deseo (6).
- Porque, en verdad os digo,
- Que acuda á mi presencia
- Del niño con la cándida inocencia
- El que al cielo subir quiera conmigo,
- Y destierre de su alma la venganza,
- Y vuelva bien por mal al enemigo :

- Yo soy la caridad, soy la esperanza.
- Haced el bien, y sin alarde vano,
- Sin ostentosa muestra :
- Que ignore la siniestra
- El que ejecuta la derecha mano.
- De la opulencia la dorada llave
- No abre la puerta de mi sacro templo,
- Desprecie la riqueza quien me alabe :
- Yo, que el precepto doy, doy el ejemplo.
- Vedme humillado, sin vivienda, pobre :
- Que tiene el pez bajo la mar salobre
- Su mansion escondida,
- Tiene su pardo nido el ave tierna,
- La selvática fiera su caverna,
- Y el insecto guarida :
- Sólo Jesus, que á predicaros viene
- La religion de paz y de pobreza,
- Sólo el Hijo de Dios, ni piedra tiene
- Do recostar la celestial cabeza.

IV.

¡ Con qué dulzura tan divino acento
De Magdalena vibra en el oído !
¿ Qué suave sentimiento,
Qué misterioso amor desconocido
Su espíritu abatido vivifica ?
¿ Qué hálito divinal la purifica ?
¿ Quién en tal breve espacio y de tal suerte
En diáfano cristal barro convierte ?
¡ Cómo se vuelve á erguir la flor marchita
Al respirar el aura
Que el eco lleva de la voz bendita
Y el mustio brillo de la flor restaura !

¡Cómo recobra el virginal aroma
De naciente capullo! —
Figúraseme ver nívea paloma
Que el camino olvidó del patrio nido,
Y escucha de improviso tierno arrullo
Del compañero que juzgó perdido,
Y con atento oído,
Los ojos negros elevando al cielo,
Hácia la amada voz dirige el vuelo;
Deja del valle las hojosas galas,
Rápida tras su amor se precipita,
Y más ligero que sus raudas alas
Su alborozado corazón palpita.

Pero ¿qué nube de mortal tristura
De Magdalena el rostro descolora,
Y trueca en noche oscura
El claro albor de su rosada aurora?
Tiembla, la frente baja, se retira. —
¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
Recordando su vida se estremece,
Y el aire triste, que en su torno gime,
Murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
De su agitada historia
Los recuerdos livianos,
Rasga el bello cendal que la engalana,
Y el rubor comprendiendo de Susana,
El seno encubre con entrambas manos.

De entónces por doquier Cristo marchaba,
Una mujer de léjos le seguía,
Que ansiosa sus palabras aspiraba;
Mas llegar á sus piés no se atrevía
Y en raudales de llanto se anegaba.

¡ Cuán mísera del alma es la existencia
Al despertar de la embriaguez del vicio
Y al verse en el cristal de la conciencia
Sumida en insondable precipicio !

Invisible semilla

Suele á veces dejar el aura inquieta
De estéril roca en caprichosa grieta,

Y brota allí modesta florecilla ;

Próvida lluvia su corola moja ,

Pero el muro fatal que la sujeta

La seca , la deshoja ,

Y la raíz endeble

Trunca y deshace de la planta feble.

Tal el mal arraigado

Puro y sublime amor de Magdalena

No puede florecer ; de su pasado

La durísima cárcel le refrena ,

Le ahoga , le envenena ;

Y se ve condenada

A abrigar el amor de los querubes

Cuando no es digna ya de ser amada.

Quiere volar y traspasar las nubes,

Y su vuelo entorpece

El cieno impuro que en sus alas pesa ,

Y gime , y se fatiga , y palidece ,

Y su dorada cabellera mesa ,

Y en continuo suspiro desfallece.

Huye del vivo resplandor del día ;

Para llorar sus penas sin testigos

Busca el silencio de la noche umbría.

Tan rápida mudanza ,

De sus torpes amigos

Desabrido desden tan sólo alcanza.

Sin alma alguna que en su apoyo acuda ,

Ve en la insolente faz del vulgo necio
La irónica sonrisa de la duda,
La irritante mirada del desprecio.

Quizá en su solitario desamparo
Á sí propia se dice Magdalena,
Que es el dón de la vida dón bien caro
Si no hay placer sin mal, ni mal sin pena.

V.

Infelice mujer arrepentida,
Que irrealizable juzgas el deseo
De verte nuevamente enaltecida,
Alza la frente, que en tu afan sumida,
Á tu lado no has visto
Con lenta majestad pasar á Cristo.
Marcha, marcha en pos de él.— De un fariseo
Penetra en la morada,
De un hijo de Satan, del vil engaño.
¡Regocijese el alma atribulada,
Viendo que el buen pastor deja el rebaño
En busca de la oveja descarriada!
¿No recuerdas, mujer, cuando decia
Que no bajaba al mundo
A fulminar castigos iracundo,
Y que á salvar la humanidad venía?
Sí, ya tu pecho alienta,
Ya ansiosa te levantas,
Y, cual va al manantial corza sedienta,
Corres tras Él, te arrojas á sus plantas,
Y besando sus piés, viertes sobre ellos
Suave y rico tesoro
De esencias orientales,
Y en larga vena lastimero llanto;

Lo secas con el luengo velo de oro
De tus blondos cabellos;
Á las ánsias mortales
De tu rudo quebranto
Dando tregua un momento,
Al Hombre-Dios adoras
En extático y mudo arrobamiento,
Y con callada voz perdon imploras.
Alza la frente mustia,
Y contempla del sol la luz serena:
Tras lentas horas de ignorada angustia,
Tu bienandanza labras;
Tiembla de gozo santo, Magdalena,
Y oye de Jesucristo las palabras:
• Mujer, há tiempo que tu mente sigo:
• Mujer, há tiempo que tu voz escucho
• Cuando en tu pensamiento hablas conmigo:
• *Yo te perdono, porque amaste mucho.*
• Del mal rompiste con vigor los lazos,
• Levántate del suelo,
• Que Dios te acoge en sus paternos brazos.
• Quien llora sus pecados gana el cielo. •

LA SAMARITANA.

Entrada de *Sichar* (ciudad de Samaría); en el fondo la *f fuente de Jacob* circundada de olivos y palmeras: á lo léjos extendido desierto. El sol marcha á su ocaso: celajes de oro y granatados tachonan el horizonte.

ESCENA ÚNICA.

La Samaritana y coro de mujeres.

LA SAMARITANA.

Doncellas de Samaría,
Tiernísimas esposas,
Y las que el triste velo
Ceñís de la viudez,
Guirnaldas aromadas
De nardos y de rosas,
De flor de terebinto
Y de jazmin tejed.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sion!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomon. —

Rodaron sobre el mundo
Embravecidos rios,
Del cielo los torrentes,
El desbordado mar :
Y sus hinchadas olas,
Sus indomables bríos,
Del hombre no pudieron
Los crímenes lavar.

Tras el voraz diluvio,
No secas las llanuras,
La temeraria frente
Vólvio la culpa á erguir ;
Mas ya caudillo santo
Bajó de las alturas,
Los bienhadados dones
Del cielo á repartir.

CORO DE MUJERES.

Con fuerza irresistible
La voz de tu alborozo ,
Cual sacudidas ramas
Nos hace estremecer.
¿Has visto por ventura,
Con inefable gozo
Al Jefe prometido
Del pueblo de Isráel ?

¿Ó vistes al terrible,
Al serafin alado ,
Que de Isaias trémulo
Los labios abrasó ,

Para que así extinguida
La huella del pecado,
Pudiera de su boca
Salir la voz de Dios?

¿Encierran tus palabras
Encanto sobrehumano?
¿Acaso eres el eco
Del vencedor Miguel?....
Que es grato lo que dices,
Cual sombra en el verano,
Cual agua en el desierto,
Cual aura del Eden.

LA SAMARITANA.

En la mitad del día
Lanzaba el sol ardiente
Abrasadores rayos
De vívido rubí;
Para llenar mi cántara
De la vecina fuente
En el cristal sereno,
De la ciudad salí.

Bajo el frondoso toldo,
Que el manantial sombrea,
Por el calor rendido
Un hombre contemplé;
Semblante como el suyo
Jamás se vió en Judea;
Miréle sorprendida
Y á mi pesar temblé.

Creyeron ver mis ojos ,
Mirando su belleza ,
De la celeste cumbre
Purísimo querub ;
Y que encendiendo el aire ,
Ornaba su cabeza
Esplendoroso disco
De diamantina luz.

Cual derretido plomo
Pesaba el tardo viento ,
Y el cántaro del agua
El hombre me pidió.

— « ¿ Depone así un judío
(Le pregunté al momento)

• Los implacables odios
• Y el heredado horror ?

• Bien sabes que el judío
• Que pisa nuestra tierra ,
• Ni asilo nos demanda
• Ni calma aquí la sed ;
• Nos guarda rencoroso
• El ódio de la guerra :
• ¿ Y ruegas de Samaría
• Á misera mujer ?

(*Con ironía.*)

• De vuestro templo fuera
• Orar á Dios no es dado ;
• Jerusalem es sólo
• La fuente de salud.

- Para vosotros somos
- La noche y el pecado ;
- ¿ Qué buscan en Samaría
- La aurora y la virtud ? •

Rizó sus castos labios
Sonrisa bondadosa ,
Vibró de su palabra
El eco celestial.
Su voz era tan dulce
Como la miel sabrosa
Que labran las abejas
Orillas del Jordan.

Me dijo que en Judea ,
Lo mismo que en Samaría ,
En el desnudo yermo
Y en el feraz verjel ,
En populosa villa
Y en choza solitaria ,
Escucha nuestras preces
El infinito SÉA;

Que el alma recogida
En éxtasis interno ,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar ;
Al Padre , santo espíritu ,
Sublime y sempiterno ,
De quien el mundo es templo
Y el corazon altar (7).

Incrédula le oía ,
Pero de asombro muda ;

Y mi azarosa historia
Entónces me contó :
Con mágica palabra ,
Sin vacilante duda ,
De los secretos míos
El velo desgarró.

Para él nada hay oculto :
Pasados devaneos ,
Pasiones sofocadas ,
Recóndito dolor ;
Las sombras vagorosas
De efímeros deseos ;
El llanto no vertido
De despedido amor ;

El oro que soterra
Su avaricioso dueño
Y con inquietos ojos
Vigila sin cesar ;
De enamorada vírgen
El deleitoso sueño,
Que pudorosa quiere
Del alma desterrar ;

El simulado afecto
Tranquilo y apacible
Con que venganza aleve
Se oculta para herir ;
Las misteriosas cifras ,
La página ilegible
Del tenebroso libro
Que encierra el porvenir...

Todo lo ve y lo sabe:
Penetra en el abismo,
Traspasa la muralla,
Sondea el corazón.
¡Quizá desde su trono
Bajó por eso mismo!
¡Nos vió tan desdichados,
Que tuvo compasion! —

Sabed que Cristo dice
Que hay fuente cristalina
Que de los cielos baja
Y apaga nuestra sed;
Hay rayo que la mente
Benéfico ilumina:
El agua del bautismo,
El rayo de la fe.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sion!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomon.

CORO DE MUJERES.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sion!

El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomon.

LA MUJER ADÚLTERA.

- I. Ley de Moisés sobre el adulterio. — Consulta farisaica. — La primera piedra.
- II. Jueces culpables.
- III. *Vado et jam amplius nolle peccare.*
- IV. Dudas de un discípulo de Cristo, y respuesta del Divino Maestro. — El Redentor anuncia á Juan las obras que ha de escribir, y le previene lo que ha decir de la mujer adúltera. — El delito por nombre.

I.

Por iracunda plebe perseguida
Huye en Jerusalem al templo santo
Mujer despavorida;
Baña su faz hermosa
Desatado raudal de amargo llanto.
Es aquella mujer culpable esposa;
La ley del pueblo hebreo
Á morir á pedradas la condena.
El torpe fariseo
Y el hipócrita escriba corrompido
Piden, como la turba, á grito herido
Se lleve á cabo la marcada pena.

La mísera mujer de angustia llena
Y con ánsias mortales
Gira en redor los suplicantes ojos,
Mira á Cristo del templo en los umbrales

Radiante de bondad y de dulzura,
Y póstrase de hinojos
Y besa de Jesús la vestidura.

Inmóvil queda cual estatua yerta;
Vaga en crespas madejas su cabello
Sobre la blanca espalda, mal cubierta,
Y su rostro sombrío

(Para su propia desventura bello)

Entre las manos trémulas sepulta:

¡Quizá un rubor tardío,

Quizá la falta de rubor oculta!

Entre tanto el SEÑOR sobre la arena
Misteriosas palabras escribía,
Y el fariseo que á la turba guía,
Para hablar á Jesús, silencio ordena.
Con humildad irónica pretexto
Sobre el suplicio horrendo consultarle;
Pero busca sutil en su respuesta
Causa para acusarle,

Y así le dice: — «La mujer impura

•Que á tus piés se ha postrado,

•Sin recato y sin fe, ciega y perjura,

•El tálamo nupcial ha profanado.

•No ignorará tu enaltecida ciencia

•Que á morir la sentencia

•La sábia ley del inspirado preste

•Que rompió nuestra dura servidumbre

•Y del Eterno oyó la voz celeste

•Del Sinaí sobre la ardiente cumbre.

•Mas tú eres el Mesías prometido;

•La voluntad de Dios tu labio anuncia.

•Infalible profeta, rey ungido,

•Tus altísimas órdenes pronuncia;

•Tu fallo dinos y será cumplido.»

Cristo escribiendo en el arena sigue
Sin levantar la pensativa frente,
Y el fariseo á poco ya impaciente,
Con alterada voz así prosigue:
— « Si eres hijo de Dios, ¿ cómo te arredra
Lo que el gran Moisés dejó ordenado? »
— « Cúmplase, dice Cristo, lo mandado,
• Pero que arroje la primera piedra
• El que esté sin pecado. »

II.

Todos para animarse se miraron,
Y todos sin aliento enmudecieron,
Sus cejas se enarcaron,
Las piedras de sus manos se cayeron
Y en confuso tropel desaparecieron.

III.

— « Nadie te acusa ya. — La airada plebe
• Que á llevarte á morir se apercibia,
• Despareció como la bruma leve
• Al despuntar la claridad del día.
• Ya de la muerte la segur terrible
• No ves amenazando tu existencia;
• Mas oyes la tremenda, inextinguible,
• Inexorable voz de tu conciencia;
• Oye del que te salva la sentencia:
• Eres esposa y madre,
• ¿ Qué te brinda otro amor? males prolijos.
• No vuelvas á pecar, piensa en tus hijos,
• Y hiere si te atreves á su padre.
• Torna al preciado hogar que abandonaste,

- Del que tu infame culpa te retira;
- Pide perdon al hombre que afrentaste,
- Y su dolor inconsolable mira.
- Mírale oculto, palpitante el pecho;
- La vista tiende al solitario lecho,
- Y en él desesperado se desploma.....
- Abraza tierno al balbuciente niño,
- Lirio que el yermo de su vida aroma,
- Y el abrasado llanto del cariño
- En sus pupilas áridas asoma,
- Viendo del inocente en el semblante
- Trasunto fiel, imágen hechicera
- Del rostro tuyo, que adoró constante,
- Y gala ayer de sus amores era.
- Hoy, su dicha anegada,
- Sobre las ondas del dolor eterno
- Aun ilesa y tranquila sobrenada
- El arca santa del amor paterno.
- ¡Y quiere aborrecerte!
- Aborrecer á lo que se ha querido,
- Es desgarrarse el corazon herido
- Y vivir en las ánsias de la muerte.
- Hondos gemidos lanza,
- Y si en su oprobio piensa,
- Juzga que no hay venganza
- Que hasta el nivel alcance de su ofensa.
- Lucha por desasir de su memoria
- Tu aciaga imágen, tu fatal caída;
- Mas, para siempre la quietud perdida,
- Lleva en su mente tu llorada historia
- Con indelebles letras esculpida.
- Cediendo de la culpa á los clamores,
- Cometiste, pisando tus deberes,
- El delito mayor de las mujeres,

- Y él padece el dolor de los dolores.
- Vuelve á los piés del ofendido esposo,
- Y al desandar la via
- Que á la sima del crimen te condujo
- Y á víctima de un pueblo te redujo,
- Recuerda siempre la palabra mia :
- Sin la virtud no hay dicha ni reposo,
- Cristo á la dicha y al reposo guía.....
- Barquilla sin timon y en mar incierto,
- Ave herida en mitad del Océano,
- Sin el auxilio de divina mano
- ¿ Podrán llegar al anhelado puerto? •

IV.

Núblanse del Mesía

Los refulgentes y sereno ojos
Con el mismo dolor que describia,
Hijo de los agravios
De la pérfida esposa, que de hinojos
Sigue á sus piés, sin desplegar los labios.

Ora Jesus al Dios de las bondades,
Que al universo rige,
Y de Jerusalem traspone el muro;
Anhela respirar aire más puro
Que el aire corruptor de las ciudades,
Y sus pasos dirige
Del desierto á las mudas soledades.

En silencio profundo
Marchan tras de Jesus los bienhadados
Discípulos humildes, destinados
Á extender su doctrina por el mundo.

Y Pedro dice al Justo: — • Bondadoso
• Maestro celestial, oye mi acento:

- En piélago de dudas proceloso
- Se pierde mi confuso pensamiento.
- Yo ví que los abismos del pecado ,
- Do estaba Magdalena , iluminaste ;
- Hoy la vida á la adúltera salvaste.
- Pero dime , Señor , ¿ la has perdonado ,
- Ó tan sólo á sus jueces recusaste ?
- ¿ Tu corazon se apena ,
- Siendo el perdon tu dicha perdurable ?
- ¿ Es á los ojos tuyos más culpable
- La adúltera mujer que Magdalena ? » (8).

Y responde Jesus : — « ¡ Desventurada

- La que , en inícuo amor los ojos fijos ,
- La paz de la familia rompe osada
- Y el porvenir anubla de sus hijos !
- Sin más mira ni enseña
- Que el deleite liviano ,
- De miseria en miseria se despeña
- Del vicio por la rápida pendiente ;
- Hunde en el cieno su insensata mano
- De madre la corona refulgente ,
- Y de la culpa en los hediondos brazos
- Revuélvese , y desata
- Del bendecido amor los dulces lazos.
- Es la víbora ingrata
- Que en caluroso seno recogida ,
- Helada y espirante ,
- Al recobrar la fuerza de la vida
- Clava su penetrante
- Aleve dardo de ponzoña lleno ,
- Con ánimo enemigo ,
- En el incauto seno
- Que generoso le prestó su abrigo.
- ¡ Deja que amargamente

- De esa mujer la ingratitud lamente!
- La ingratitud, baldon de las criaturas,
- El rayo vengador hizo preciso,
- Al ángel derrocó de las alturas
- Y al hombre desterró del paraíso. —
- Y óyeme, Juan: — Mi Padre te destina,
- Del humano linaje para gloria,
- A escribir inspirado mi doctrina,
- Siguiendo fiel las huellas de mi historia.
- Del cerco de la tierra arrebatado
- Tu espíritu á regiones inmortales
- Evocará las sombras del pasado,
- Y aspirarás las auras germinales
- Que en el *principio* á la materia inerte
- Arrancaron del sueño de la muerte.
- En gigantesco y portentoso vuelo
- Atravesando siglos á millares!
- Y de lo porvenir rasgando el velo,
- Verás el día de esperanza y duelo
- En que luchen los altos luminares
- Incendiando los términos del cielo.
- Ávida nube sorberá los mares,
- La máquina del orbe derrüida,
- Rotos ya sus fortísimos cimientos,
- Sin concierto, sin forma, denegrída,
- Cual leve arista llevarán los vientos.
- Entrando del amor en el santuario,
- Referirás mi vida de tristeza,
- Que en el portal humilde y solitario
- De Betlehen empieza
- Y termina en la cumbre del Calvario.
- Y al escribir ¡oh Juan! lo que ora viste,
- Para justa enseñanza de los hombres,
- Cuenta la vida triste

- De esa infausta mujer, mas no la nombres.
 - Y por tu mano inmaculada escrito
 - De fuego eterno con buril ardiente,
 - En su pálida frente
 - Lleve por todo nombre su delito • (9).
-

LA HIJA DE JAIRO.

- I. Jairo ante el cadáver de su hija.
- II. *Non est mortua puella, sed dormit.*
- III. Vuelta á la vida.
- IV. La voz de la resucitada.

I.

¿Dó van las mal ceñidas
Veladas *Plañideras*? (10).
¿Sus voces lastimeras
Qué quieren anunciar?
Traspasan de un palacio
El pórtico espacioso.
¿De quién es el pomposo,
Solemne funeral?

Del opulento Jairo
Aquella es la morada (11).
Allí la muerte airada
Su dardo disparó;
Allí contempla un padre,
Con aterrados ojos,
Los pálidos despojos
Del fruto de su amor.

Trocára el triste Jairo,
Con júbilo y presteza,
Su fausto y su grandeza
Por miserable hogar,
Si sacrificios, dones,
Ó humano poderío
Pudieran aquel frio
Cadáver animar.

Cadáver de una niña
Tan bella como pura:
Tesoro de hermosura,
Dechado de candor.
Fué su existencia breve
La vida de una rosa;
La muerte, nunca ociosa,
Sus galas marchitó.

Conserva todavía
Su cuerpo inanimado
Del rostro nacarado
La delicada tez,
Las hebras del ondoso
Cabello refulgente,
Del seno la naciente
Alzada redondez.

Semeja de alabastro
Bellísima escultura,
De larga vestidura
Y helénico perfil.
Y su expresion revela
Que un dulce pensamiento

La suavizó el momento
Amargo de morir.

Más lívida de Jairo
Se ve la faz sombría.
Dos tumbas aquel día
La suerte preparó :
Encerrará á la niña
La tumba de la tierra,
Al pobre viejo encierra
La tumba del dolor.

Y ya desesperado,
Su luenga barba mesa;
Ya enternecido besa
La exánime beldad;
Que escucha le parece
Sus ayes dolorosos,
Y nombres cariñosos
El misero la da.

Con vivo colorido
Se traza en su memoria
La milagrosa historia
Que cuentan de Jesus,
Del justo Nazareno,
A cuya voz bendita
El muerto resucita
Y el ciego ve la luz.

Acusa de tardío
Al propio pensamiento,
Y con repuesto aliento

Y varonil vigor ,
Aplaza su quebranto ,
Ligero se levanta ,
Y va con ágil planta
Buscando al Salvador.

Se dice convencido
Que Cristo es el Mesías
Del férvido Isaías ,
Del lúgubre Ezequiel.
En su terrible angustia
Su gran fervor estriba ,
Porque el dolor aviva
La llama de la fe.

II.

Con paso infatigable ,
Henchido de esperanza ,
Por la ciudad avanza
En busca de Jesus ,
Del jefe prometido
De la nacion hebrea ,
Del mártir de Judea ,
Del *Hombre* de la cruz ;

Del *Hombre* á quien le deben
Su luz la inteligencia ,
Sus fueros la conciencia ,
Su vida el corazon ,
La muerte sus encantos ,
Su palma el sacrificio ,
Y derrocado el vicio
Magnánimo perdon.

Y Jairo ante el Mesías
Prostérnase de hinojos,
Los abatidos ojos
Apénas puede alzar,
Su mal y su deseo
Suspira en frase breve,
Y Cristo se conmueve
Y tras de Jairo va.

Jesus, cual recatando
Su esencia omnipotente,
Así dice á la gente
Que mira en derredor:
— Tan sólo está dormida
La que juzgasteis muerta,
Y la veréis despierta
Al eco de mi voz. »

III.

Y como Abril benigno,
Tras crudo invierno fiero,
Desata al prisionero
Helado manantial,
Así su voz deshace
El hielo de la muerte,
Y el bello cuerpo inerte
Principia á respirar.

En sus rasgados ojos
Luz apacible brilla,
Colora su mejilla
Ligero rosicler.
El padre queda inmóvil,

Atónito, suspenso ,
Con gozo tan intenso
Que tiembla de placer.

— El Salvador se aleja. —

La niña en el anciano ,
Su débil, tibia mano
Apoya para andar ;
Y con incierta planta
(Que mal en pié se rige)
Ansiosa se dirige
El cielo á contemplar.

En vasto giro inútil
Prolonga su mirada ,
Sin que divise nada
De lo que anhela ver ;
Cual si en eternas sombras
Sumido al orbe viera ,
Le asusta de la esfera
La densa lobreguez.

¿ Del recobrado mundo
Le agobian las cadenas ?
¿ Suspira por las penas
Que tiene que sufrir ?
La niña al níveo pecho
Inclina tristemente
Su enajenada frente ,
Y á Jairo dice así :

IV.

• Las sienes abrasadas,
Acongojado el pecho,
En el revuelto lecho
Postrábame el dolor;
Nublábanse mis ojos,
Y por doquier sentia
Confusa vocería,
Monótono rumor.

Mis párpados de pronto
Se entornan blandamente,
Arómase el ambiente
Con nardos y azahar,
Me arrulla y me embelesa
De oculta lira de oro
Dulcísimo, sonoro
Y armónico vibrar.

Hollando con sus plantas
Arrebolada nube,
Gentil, blondo querube
Del éter descendió.
Del morador del cielo
El cerco centellante
Con esplendor brillante
Mi faz iluminó.

Un ósculo de suave
Y de hermanal ternura
Dió el ángel de la altura

En mi turbada sien,
Y desceñida al punto
De la terrena veste,
A la region celeste
Gozosa me lancé.

Y sin afan molesto
Ni esfuerzo fatigoso,
Siguiendo al venturoso
Espíritu inmortal,
Hendí los no medidos
Espacios, coronados
Con orbes inflamados
Que ruedan sin cesar.

Contemplo al remontarme
Portento tras portento,
Del suelo al firmamento
Llenando la extension;
La escala se dibuja
De innumerables gradas,
Por ángeles guardadas
Que en sueños vió Jacob.

De esfera á esfera cruzan
Estrellas misteriosas,
Y notas cadenciosas
De mágico laud,
Y de abrasada mirra
Embalsamadas nubes,
Y aligeros querubés
Y espíritus de luz.

Me esfuerzo vanamente

Con temerario empeño,
Tan inefable ensueño
Queriendo relatar.—
Perenne primavera,
Belleza inmarcesible,
Sosiego inextinguible,
Eterna libertad;

De amor inagotable
La sin igual delicia,
En triunfo la justicia,
Con lauro la virtud;
A su perdida patria
La humanidad volando,
Por lábaro llevando
Ensangrentada cruz;

Y, en fin, la cumbre célica,
Espléndida, infinita:
Tal fué mi mal descrita
Seráfica vision.
Por eso, al despertarme,
Al verme en este suelo,
La hiel del desconsuelo
Me amarga el corazón.

Yo he visto, padre mio,
De par en par abierta
La reforzada puerta
A do se estrella el mal,
Y al traspasar del cielo
El muro de diamante,
Gemido penetrante
Me tuvo en el umbral.

En Palestina un hombre
Mi ausencia lamentaba,
Llorando me llamaba.
Escucho y es tu voz,
Y tiemblo, gimo, dudo,
Me rinde tu quebranto;
Y dejo al ángel santo
Y acudo á tu dolor.

Desciendo, padre, en alas
De la filial ternura,
¿Qué vale mi ventura
Si cuesta tu pesar?
Es caro el goce eterno
Con tu afliccion comprado;
No quiero de tu lado
Volverme á separar.

¿Fué larga mi jornada?
¿Duró breve momento?
¿Quién tu apenado acento
Llevó á mi corazon?
¿Quién me mostró la puerta
Del inmortal seguro?
¿Quién á este valle oscuro
Mi espíritu lanzó?

Si cuadro tan magnífico,
Tan bello y halagüeño,
Fué realidad ó sueño,
Decirte no podré;
Mas sé que la bajeza
Del mundo he comprendido,

Que niña me he dormido
Y desperté mujer.

No digo bien ; el eco
Que vibra en mi conciencia ,
No es , padre , la experiencia
De la madura edad .
Ni quemó incienso inútil
Con esperanza vana
De la ventura humana
En el profano altar .

No cubre ya mis ojos
Del mal la espesa venda ,
Y en la escabrosa senda
Que lleva á ser feliz ,
Cual peregrina cauta
Caminaré de día ,
Y para solo guía ,
Señor , te quiero á tí .

Encontraré al embate
Del infortunio rudo
Inquebrantable escudo
En el paterno hogar ,
Aquí , contigo , léjos
Del mundanal ruido
En sosegado olvido ,
En venturosa paz .

MARTA.

- I. La criatura-rey.
- II. Marta.
- III. Resurrección de Lázaro.

El hombre delinquirió; nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente rey de la desgracia (42).

Mecen las penas nuestra aciaga cuna,
Nos llevan hasta el término postrero,
Y no hay de venturosos raza alguna
En la gran extension del orbe entero.

Volved en derredor la vista inquieta,
Subid al templo de la humana gloria,
Y al guerrero, y al sabio, y al poeta,
Y al mundo todo demandad su historia.

¿Qué os dirán? Os dirán que hasta las heces
El cáliz del dolor el hombre apura,
Y vanos son los lloros y las preces
Que piden lo imposible — la ventura.

Así los rios en veloz carrera
Sus linfas llevan á la mar en vano,
Sin poder endulzar una siquiera
De las ondas del férvido Océano.

¡Triste prole de Adan, siempre anhelante,
Sin ver que su sentencia es la desdicha!
Prole cuanto insaciable delirante,
¿Dónde se encuentra su soñada dicha?

¿La encuentra Baltasar en los placeres
De opíparo festin y alegre danza?
¿Hállala Salomón en las mujeres?
¿Los hermanos de Dina en la venganza?

¿Sócrates y Platon la descubrieron?
¿Los tesoros de Cresos la compraron?
¿Los huestes de Alejandro la vencieron?
¿Las naves de Fenicia la alcanzaron?

¿Dónde la dicha está? — Nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente rey de la desgracia.

II.

Ni á la desdicha temé, ni á la muerte,
La que es de su deber sumisa esclava,
Marta; ¡ bendita tú! la *mujer fuerte*
Que el hijo sabio de David buscaba.

Cual se desliza sobre blanca arena,
En la estacion espléndida y florida,

Arroyo claro en abundosa vena,
Así apacible transcurrió tu vida.

La que de la virtud ciñendo el velo,
La antorcha del deber lleva en la mano,
Sabe un sendero que conduce al cielo,
Angosto sí, pero seguro y llano.

Sendero por do rápida camina,
Sin fatigarse en áspera pendiente,
Sin que la hiera el pié punzante espina,
Sin hondo abismo ni cortada puente.

Es la virtud al par cruz y corona.
Marta, si no feliz, vive contenta;
Los placeres del mundo no ambiciona,
Á los cuidados del hogar atenta (13).

Es la violeta que en verjel murado
Casta se oculta y con su aroma encanta,
El ave que en silencio cruza el prado
Y tan sólo en su nido amores canta.

III.

¿Quién marchitó la flor de tu alegría?
¿Quién nubla, Marta, tus radiantes ojos?
¡Ay, Lázaro murió! — La tierra fria
Oprime ya sus míseros despojos.

Mas no se pierden en la inmensa esfera
Las lágrimas que viertes por tu hermano;
Muévele á Dios tu queja lastimera,
Y tiende á tí su valedora mano.

Enmudezcan los tetricos clamores,
Y el lloro cese que tu faz anega;
Que ornado de fulgentes resplandores,
Cristo á las puertas de Betania llega.

¿ Penetra en tu morada funeraria ,
Á ser de tu dolor mudo testigo ?
¿ Viene sobre la tumba solitaria ,
Inútil llanto á derramar contigo ?

No; ya presente la infeliz hermana
Que el alivio á sus penas se avecina ,
Que nunca muere la esperanza humana
Y nunca duerme la bondad divina.

Su voz doliente al Salvador eleva ;
Y, cercado de turba numerosa ,
Desciende Cristo á la profunda cueva
Do el cadáver de Lázaro reposa.

Morada sepulcral, gruta sombría,
De pardas rocas y de ambiente insano,
Que con pálida luz alumbra el dia ,
Y á do nunca llegó ruido mundano.

El tùmulo mirando enternecido ,
Con el fervor profético que anuncia
La certeza de ser obedecido ,
Lázaro vén á mí , Cristo pronuncia.

Por la cóncava bóveda retumba
Su voz, cuanto solemne, poderosa ,
Y subyugada la insensible tumba ,
Se quiebra y salta la marmórea losa.

¡Y el prodigio se cumple! — Se va alzando
Sobre la abierta fosa cuerpo inerte,
Con espanto y con pena despertando
Del sosegado sueño de la muerte.

¡Es Lázaro..... tu hermano! — Ya la planta
Mueve, recobra la color marchita,
Desata el labio, la cerviz levanta,
Sus ojos ven, su corazón palpita.

Por calmar tu amarguísima tristeza,
En la noche mortal brilló la aurora,
Sus leyes quebrantó naturaleza;
¡Que tanto puede la virtud que llora!

Tú cruzas ¡oh virtud! las altas nubes
Y la etérea región en rauda vuelo,
Se postran á tu paso los querubes,
Te escucha Dios y te recibe el cielo.

Si vencido Caton, en su despecho
Dijo, al hundirse con certera mano
Puñal agudo en el soberbio pecho:
• Virtud, tú eres un nombre, un nombre vano •,

Mintió. No es la virtud tan sólo un nombre,
Es el sosiego de la humana mente;
Y ¿para hablar al Sér omnipotente
Qué voz, sino su voz, le queda al hombre?

BERENICE.

- I. La caridad.
II. Berenice. — Sentencia de Jesus. — Camino del Calvario. — Cae Cristo con la cruz á cuestas. — La mirada del Salvador. — Berenice acude en su auxilio. — Simon el Cyrineo. — El lienzo milagroso. — La Fe. — Diálogo entre Berenice y una de sus esclavas.

Corta la mar con la tajante prora
Gallarda nave de pomposa vela,
Y del inmenso piélagos señora,
Por sus llanuras dilatadas vuela;
Á las ondas y al Noto desafia
Y al mortífero rayo resonante;
De oro la sed hidrónica la guia,
Y esquivada, desdeñosa y arrogante,
Para saciar su anhelo y osadía
El orbe le parece espacio breve;
Y nuevas playas á pedir se atreve.

Mas de imprevisto, prolongado trueno
En el espacio cóncavo retumba,
Abre la mar el insondable seno
Y da á la nave inesperada tumba:
Lleva Aquilon la vela desgarrada,

Ciegan del rayo los fulgores rojos,
Y, ¡oh soberbia humillada!
Sólo flotan los míseros despojos
De la nave anegada.

Con trémula piedad el marinero
Y medroso fervor ruega á MARÍA;
No escucha del amigo el lastimero
Suspiro no acabado de agonía;
Arroja el oro, su tirano fiero;
Sólo quiere vivir, ase un madero,
Y al roto leño su existencia fia.

Contadas son las horas de bonanza
En la mar de la vida pröcelosa;
Roba la luz al sol de la esperanza,
Nube del desengaño tenebrosa;
Y venturoso el náufrago que alcanza,
Con los crispados miembros abrazado,
Á la frágil madera,
Ser por las olas benéficas llevado
Á hospitalaria y próxima ribera.

Dobla el trabajo nuestro erguido cuello,
El alma gime en su prision esclava;
Mas guarda el corazon vivo destello
Del astro que al eden iluminaba.
En las tinieblas de la noche odiosa
De desengaños, luchas y dolores,
Cual de faro eminente luz piadosa,
Vibrando resplandores,
Y calmando las penas,
La CARIDAD asoma bondadosa,
La blanca sien ornada de azucenas:

La virtud, que consuela y que sublima,
Que al prócer honra y al mendigo anima,
Que halla su propio bien en el ajeno;
Virtud que viste con sus ricas galas
De cuantos sufren el desnudo seno;
Ángel que huella de la tierra el cieno,
Sin que se manchen sus nevadas alas;
Rosa siempre fragante,
Bella como las flores que da Mayo,
Pura como del alba luz brillante,
Y más fecunda que del sol el rayo;
Virtud que en las borrascas de la vida
Es isla de reposo bendecida,
Y que la ley universal proclama,
Diciéndole al mortal: *espera y ama.*

Mirad á esa mujer á quien no aterra
El ronco estruendo de la cruda guerra.
¿A dó va? Del soldado
Valiente y denodado
No á partir el laurel, si los azares;
Marcha sin cota de acerada malla,
Por calmar del herido los pesares,
Al polvoroso campo de batalla.

Ángel de lengua y enlutada veste,
Con funeral cipres la sien ceñida,
En silencio mortal y gota á gota
Vierte sobre la tierra estremecida
El cáliz de la cólera celeste,
Y enardecido y sofocante brota
Denso vapor de asoladora peste,
Todo es desolacion, todo tristura,
Los ojos sólo ven muertes y horrores,

El corazón palpita de pavora,
Rinde el orgullo la cerviz enhiesta,
Desbandados se ocultan los amores,
Y el dañino vapor al orbe infesta.

Y en medio del estrago de la muerte
De tantos inocentes y culpados
Que en fétido monton junta la suerte,
Y al lado del que salva el ancho abismo
De la plaga voraz con mil cuidados
(Y es el primer cuidado el egoismo),
Débil mujer con animoso pecho,
La caridad llevando por corona,
Ni un instante abandona
Del moribundo el pavoroso lecho.

Tiende á todos solícita la mano,
Afronta el mal sin tímida flaqueza,
Que es el milagro del valor cristiano
Quien la presta vigor y fortaleza.

Si Dios de sus hechuras se olvidára,
Tan sublime mujer le ablandaría
Y su paterno amor reconquistára;
Mas ¿qué mucho su arrojo y energía,
Si la cristiana caridad la ampara,
Si la divina caridad la guía?

Cobija ¡oh caridad! toda la tierra
Con las doradas orlas de tu manto,
Y ante tu sólio incontrastable y santo
Mudas se postrarán la impía guerra,
La ambicion insaciable,
La insidiosa perfidia,
La calumnia rastrera y miserable,
La descarnada envidia.
Divina caridad, tú puedes sólo
Hacer los votos del infierno vanos,

Y que del polo Norte al otro polo
Haya un pueblo no más, pueblo de hermanos;
Tú puedes en la *Diestra Justiciera*
Apagar el voraz rayo encendido,
Forzar las puertas del Eden perdido
Y dar al hombre su mansion primera.

II.

Vive en Jerusalem apuesta dama
De bello rostro, de virtud severa,
De noble estirpe, de intachable fama,
Á quien el Asia con amor venera;
Derrama sus riquezas generosa
Para aliviar de la pobreza el llanto,
Y es Berenice el nombre de la hermosa (14),
De Palestina encanto.

A la espléndida altura en que vivia,
Sólo como rumor indiferente,
Que todos oyen y que á nadie inquieta,
La fama de Jesus llegado habia.
— Quién le llama impostor y quién profeta,
Quién sabio y quién demente,
Quién como á soberano le respeta,
Quién le corona de punzante espina;
Es para el torpe escriba un delincuente,
Que reclama Satan desde el profundo;
Para el que oyó su celestial doctrina,
El prometido Redentor del mundo.

Ayer Jerusalem, ebria de gozo,
Como á rey de Isráel le recibia,
Y á su paso, con gritos de alborozo,
Su manto por alfombra le tendia.

Pero ¡ay! que poco dura
Ese amor de los pueblos ostentoso,
Fruto que no madura.
Seméjase al arroyo bullicioso
Que el verde prado en primavera esmalta;
Las flores riega, por las piedras salta,
Y copia en sus cristales la hermosura
Del alto pino, del castaño umbroso
Y el desmayado sauce;
Pero se seca en el ardiente estío,
Y no se ven en el invierno frío
Ni leves huellas del borrado cauce.

La muchedumbre instable
Que á Jesus como jefe proclamaba,
Porque rey invencible le juzgaba,
Hoy con voz imperiosa y formidable,
No creyéndole ya caudillo fuerte,
Pide á Pilátos le condene á muerte.
Acceder á tan bárbaro deseo
El procónsul rehusa,
Viendo sin mancha al pretendido reo,
Y criminal al pueblo que le acusa;
Ni leve sombra de delito oculto
Hallar Pilátos en su vida puede;
Pero amenaza popular tumulto,
Ruega en vez de mandar, vacila y cede.
Juzga al lavar sus manos temblorosas
Los gritos acallar de la conciencia;
Débil ante las turbas sediciosas,
Firma de Cristo la mortal sentencia:
Aun sin romper el ponderoso yugo
En que gime entre penas y trabajos,
Es la plebe un tirano con andrajos

Y feroces instintos de verdugo :
Siempre de sangre humana está sedienta ;
Valor , saber , virtud..... todo la ofusca ;
Y cual rayo que aborta la tormenta ,
Para arrasarlas las alturas busca.

Berenice no sigue
La nueva ley del justo Nazareno ,
Mas de Cristo el recuerdo la persigue ;
Vívida caridad arde en su seno ,
Y se pregunta si será inocente
Aquel desconocido delincuente ;
Y sin saber por qué , suspiros lanza ,
Que muchas veces lo que el alma siente
La inteligencia á descifrar no alcanza.
Y sumida en letal melancolía ,
Que la agobia con grave pesadumbre ,
Mira alborear el malhadado día
En que , desamparada la inocencia ,
Del peñascoso Gólgota en la cumbre
Debe cumplirse la fatal sentencia
Que á Pilátos pidió la muchedumbre.

Berenice , con ánimo abatido ,
Ya que consuelo nó , busca el olvido ;
Y queriendo enfrenar el sentimiento
Que la sumerge en pertinaz tristeza ,
Oye la voz de femenil flaqueza ;
Y se orna y engalana
Con túnica de seda siciliana
Teñida por el múrice sangriento ,
Y con su manto leve ,
Blanco , cual de montaña nunca hollada
Deslumbradora nieve ;
Y á sus esclavas llama apresurada

Para que esmalten su cabello de oro
Con su rico tesoro
De costosa y pulida pedrería,
Que la reina de Libia envidiaría,
Donde lucen diamantes sin rivales,
Preciosas esmeraldas de Etiopía
Y albas perlas en ramas de corales.

En vano Berenice
Desvanecer sus penas imagina;
Plañidera bocina
Con sepulcrales notas hiere al viento,
Y el vibrante metal triste la dice
Que ya al suplicio va, que se avecina
De Jesu-Cristo el postrimer momento.

Calenturiento frio
Por su cuerpo serpea,
Al oír el alegre griterio
Con que celebra populacho impio
La muerte de la gloria de Judea.

Con insegura planta y lento paso
Marcha Jesus bajo la cruz sangrienta;
Es el dorado sol que va al ocaso
El cedro que desgaja la tormenta;
Es el mártir sublime
Que á la culpable humanidad redime.

Vedle..... se acerca ya..... ¡Cuánto padece!.....
Le afrentan con la cruz y la corona.
El verdugo á la víctima escarnece;
La víctima al verdugo compadece,
Y el escarnio y la muerte le perdona.

Es su cansancio tanto
Al palacio al llegar de Berenice,
Que mide el suelo con su cuerpo santo

Y la impaciente plebe le maldice,
¡Ah! contemplad al Salvador del mundo
Con la implacable muerte en fiera lucha;
Para lanzar un ¡ay! sus labios mueve,
Un ¡ay! desgarrador, largo, profundo;
Berenice lo escucha,
A sus entrañas llega y las conmueve.

Se arrastra á la ventana; allí de hinojos
Ve á Jesus á su puerta derribado,
Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
Y en ella fijos los inmóviles ojos,
Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdón predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen.

De Berenice el corazón se oprime,
Desconsolada gime,
Maldice á los sicarios inhumanos,
Su espíritu en tinieblas se sepulta
Y en las ebúrneas manos
El bello rostro tembloroso oculta.

Privada de la acción sólo un momento
Muévela á poco generoso intento;
Ir en apoyo de Jesus decide,
Y ni sus fuerzas mide,
Ni en los peligros de su intento piensa,
Ni sueña con posible recompensa,
De su palacio por las tersas gradas
Baja veloz con desusado brío,
Sus esclavas la siguen azoradas,
El bullidor gentío
Traspasa con gallardo continente,
Y llega hasta la víctima inocente.

Alas tener quisiera
Para arrancarle de la odiosa turba
Y remontarle á inaccesible esfera ;
Y por calmar al ménos un instante
La acerba angustia que á Jesus conturba,
Le enjuga con el manto su semblante.

Esta muda protesta al pueblo enoja ;
Torvo sayon con mano encallecida
Á Berenice entre la turba arroja. —

Queriendo prolongar el sufrimiento
De la víctima augusta escarnecida,
Y que la opaca luz casi extinguida
De su débil vivir recobre aliento,
Un hijo vigoroso de *Cyrene*
Á Cristo presta mercenaria ayuda ;
Simon el peso de la cruz sostiene
En su espalda forzuda.
Jesus levanta la abatida frente,
Y el áspero camino del suplicio
Prosigue lenta y trabajosamente. —
¡Sufra el SEÑOR la inmerecida pena!
¡Cúmplase el sacrificio
Que la Divina Caridad ordena !

Compacta muchedumbre numerosa
Airada el paso cierra
Á la noble matrona generosa.
Un lánguido desmayo
De sus esclavas á los piés la atierra,
Cual si la hiriese fragoroso rayo.
Al volver á la vida
Mira su blanco manto ensangrentado,
Y en él con líneas de carmin grabado

El rostro de Jesus ve sorprendida,
Destácase de Cristo la cabeza,
Dechado de hermosura,
Sin sombra de rencor ni de tristeza,
Ornada de esplendor y de ternura;
Sin torvo ceño ni mirada aviesa,
Parece que á la triste Berenice
La bienandanza celestial predice,
Y amor, sagrado amor, tan sólo expresa;
Parece que ha olvidado sus agravios,
Que ha vencido el rigor de las desgracias,
Que va á mover los dibujados labios
Para decirle «adios» y darla gracias.

El lienzo besa convulsiva y muda,
Y en plácido fervor trueca su duelo;
Ya vacilar no puede, ya no duda;
Jesucristo es su Dios, el Dios del cielo.
¡Oh inefable momento!
En raudales de luz baña su mente;
Las brumas rasga de la *duda* ciega,
En el santuario de su pecho siente
El misterioso y vago movimiento
De un alma que se va y otra que llega.

Deja de ser el ave solitaria,
Que con flecha afilada el pecho herido,
Sin fuerzas vuela tras lejano nido;
El bajel que con ansia temeraria
En un mar sin orillas va perdido.
Es de su corazon cada latido
De enardecida fe muda plegaria.

No sueña, no delira,
No es mentida ilusion que se evapora:

El lienzo toca y el portento mira;
Ve de la fe la sonrosada aurora;
Y el aura pura del Eden respira;
Se desprende en sereno y libre vuelo
Del barro vil de la mansion terrena;
Y se enlaza con mágica cadena
Al infinito Sér, cielo del cielo.
Parece que á la triángulo celestial predice

Y amor, sagrado amor, tan sólo expresa
Parece que ha nacido amor tan sólo expresa
Sin apartar un punto Berenice
Los fascinados ojos
Del blanco cuadro con perfiles rojos
Que en éxtasis la arroba dulcemente
Cual si viera á Jesus sumisa dice :

• — No soy digna , Señor , de este presente . •
La responde una esclava
Que de Cristo la imagen
Atónita miraba :
• — Nadie cual tú mereces
• Ser la dichosa dueña
• De ese fúnebre dón , de amor enseña
• Que te abisma , te halaga y entristece .
• Ese regalo del Eterno Padre
• Para tu bien recibe ;
• ¿ Quién más digna que tú ? •

• — ¿ Quién ? ¿ Pues no vive
• De Jesucristo la apenada madre ?
• — Su madre , ¡ pobre madre ! Condonado
• El hijo de su amor á injusta muerte ,
• Este suelo de horror habrá dejado
• Por no correr del Salvador la suerte . •
• — Calla , desventurada , y obedece
• El temerario pensamiento enfrena ;
• No rebaja el dolor , sino enaltece :

- Nunca es cobarde corazón que pena.
- No insultes al pesar hondo y prolijo.....
- Corre á llevarle el funeral sudario.
- ¿Aun vacilas , mujer?..... Vé tras el Hijo.....
- Á sus piés la hallarás..... en el Calvario. •

FIN.

NOTAS.

(1) *Página 2.*

Inspirado por ti trazó Murillo
Su bella y lastimera *Dolorosa*,
Y al trasladar al lienzo tus enojos
Soñó tu faz y adivinó tus ojos.

Se alude al cuadro que existe en el Real Museo de Pinturas de Madrid, número 130.

Las *Virgenes* de Murillo, superiores en mi concepto á las del mismo Rafael, gozan de fama europea y parecen llevar un sello sobrenatural.

(2) *Página 7.*

Sus portentos ni asustan ni estremecen,
Sus milagros consuelan y enternecen.

Bossuet y Cantú hicieron ya notar la índole especial de los milagros de Jesucristo, no encaminados á seducir los sentidos, sino á remediar los males de la humanidad: milagros más de bondad que de poder.

(3) *Página 9.*

El dolor debe estar en los altares.

Chateaubriand llama al Cristianismo religion de la adversidad, y escribe el siguiente bellissimo paralelo entre el culto pagano y el católico:

«Todo es máquina y resortes, todo es exterior, todo está hecho para los ojos en los cuadros del paganismo; todo es sen-

timiento é idea, todo es interior, todo ha sido creado para el alma en las pinturas de la religion cristiana. ¡ Qué encanto de meditacion ! ¡ qué profundidad de pensamientos ! Hay más delicia en una de esas lágrimas que el Cristianismo hace derramar al fiel, que en todos los risueños errores de la mitología. Con una *Nuestra Señora de los Dolores*, una *Madre de Misericordia* y algun santo oscuro, patrono del ciego y del huérfano, puede un autor escribir una página más tierna que con todos los dioses del Panteon. ¡ Aquí hay *poesia* ! ¡ Aquí hay *maravilloso* ! Pero si quereis un *maravilloso* más sublime, contemplad la vida y los dolores de Jesucristo, y acordaos de que vuestro Dios se ha llamado *Hijo del Hombre*. Nos atrevemos á predecirlo : vendrá un tiempo en que causará admiracion que los hombres hayan podido desconocer las bellezas que existen sólo en los hombres, sólo en las palabras del Cristianismo ; costará trabajo comprender cómo se ha podido hacer escarnio de esta religion de la inteligencia y de la adversidad. »

(El genio del Cristianismo.)

(4) *Página 14.*

Ni las auras agitan,
Ni los peces habitan
El turbio, inmundo seno
De aquel lago fatal, mar de veneno ;
Y si un ave atrevida
Sobre él las alas tiende,
Párase, vuelve atrás, desvanecida,
En revuelta espiral rauda descende,
Y en el callado mar flota sin vida.

Las descripciones del *Mar Muerto* que hacen los viajeros son muy várias. La última que conozco ha sido escrita por mi amigo el Sr. D. Adolfo Rivadeneyra, vice-cónsul de España, y forma parte del curioso y notable libro que ha publicado recientemente con el título de *Viaje de Ceilan á Damasco*.

Voy á transcribirla, por más que, como los lectores observarán, no está conforme en parte con los versos que quedan copiados.

UN BAÑO EN EL MAR MUERTO.

Jerusalén, 23 de Agosto de 1866.

La hora del alba sería, cuando saliendo de las deliciosas aguas que bañaron la frente del Hijo de Dios, ensillaba mi jaco, y por la inmensa y despoblada llanura del Jordan me lanzaba con él á todo escape, cual si me persiguiera el grito de los mares allí abandonados, exclamando: «¿Adónde va?»

Iba al mar del Diablo; allí, donde el brazo divino lanzó rayos de venganza sobre una pervertida raza, y donde las aguas más densas y más turbias del mundo esconden el oprobio de un pueblo.... Cualesquiera otras aguas serian demasiado benignas para encubrir la ignominia de Sodoma y de Gomorra.

Ménos de una hora habia corrido, cuando no ya al horizonte, sino á mis piés, vi el Mar Muerto, nombre, entre los diez que se le dan, el más significativo, porque deja columbrar lo que es en realidad. Quieto se está entre dos filas de fragosas y tajadas sierras, que lo escudan á cinco leguas de distancia una de otra, del lado del Oriente y del Occidente, en cuyas empinadas faldas, que se extienden mucho más allá de donde alcanza la vista, rara vez se vieron las huellas de un sér humano, ni se oyó más rumor que el bramido de animales montaraces.

El agua, la más azul de cuantas he visto, refleja los rayos solares á manera de un espejo; nada vive en su seno, no se ve una vela, no se oye una ola ni se siente la menor aura; apenas se percibe un olor mefítico muy ligero, que, á juzgar por mí mismo, nada tiene de pernicioso aún para personas impresionables.

Contemplando estaba aquella escena de imponente soledad, en medio de la cual me hallaba, y pensando en la magnífica vegetacion que allí suponen algunos autores, en las ruinas que dicen descubre á veces el mar, y que hubiera debido ver yo también, por hallarme en el período en que las aguas alcanzan su más bajo nivel; pero no vi más que un pájaro, que por cier-

to no murió tampoco de las exhalaciones del mar. Me encogí de hombros al recuerdo de estas y otras exageraciones, y con paso seguro entré en el agua. Dí los tres primeros, algun tanto sorprendido de lo trasparente del líquido en aquel corto espacio, y sobre todo de su temperatura, que, aunque tan de mañana, no por eso dejaba de estar tibia; pero no bien hube adelantado lo bastante para perder de vista el fondo, cuando, fuera recelo ó impaciencia, determiné echarme á nado. Procedí cautelosamente, pero no tanto que no salpicase un poco de agua y me entrase en el ojo derecho; sentí gran escozor, mantuve cerrados los párpados y me volví á poner en pié; pero á los pocos momentos todo mi cuerpo me escocia, y tan terriblemente, que, convencido de mi imprevisión, quedé bien arrepentido de haberme metido en agua tan salada, despues de doce horas de trotar y de galopar.

«A lo hecho pecho, que al revés me la vestí y ándese así», me decia yo á mí mismo, y probé á nadar. No podia; á pesar de mis esfuerzos y de mi maña, apénas adelantaba y siempre me quedaba de costado. Discurriendo con la prontitud del escarmentado, conocí que sobrenadando mis piés, no podia servirme de ellos, y que necesitándolos para base de mis movimientos, por precision debia ladearme de un lado ó de otro; hícelo así dos veces, y héteme de espaldas tan cómodo y tan sin trabajo como en mi cama.

El agua me cubria los oidos y no pasaba de allí, por más que dejaba caer la cabeza; la parte superior del cuerpo apénas se mojaba, y los piés sobrenadaban siempre, como parte más ligera del cuerpo humano. Aunque ménos que en la primera, tambien me ladeaba un poco en esta posicion, y los piés seguian fuera, pero la cabeza estaba más sumergida.

Gusto me habria dado dejar flotar así mi cuerpo sin ningun esfuerzo ni movimiento; pero la picazon me impacientaba, y luégo el agua era tan desagradable al tacto, y de tal naturaleza, que más que otra cosa parecia aceite.

¡Esfuerzo supremo! Allí donde la distancia entre el fondo y el nivel del agua no pasaba de tres metros quise sumergirme del todo; pero no obstante haber tomado bien mis medi-

das, me fué imposible hallar tierra ; ¿ qué digo ? sí hallé, pero fué betun y sal, ó no sé qué especie de cieno ; ¡ qué hubiera sido de mí si hubiese metido el pié en materia tan pegajosa ! El agua que entró por el ojo izquierdo me dejó ciego ; y á flote de nuevo, y desistiendo de hacer segunda prueba, y con los párpados más cerrados de lo que hubiera querido, me salía corriendo á tuestas, cuando, ¡ horror ! con las ánsias de alcanzar la playa bebí un buen trago de agua ! ¡ Qué amargura ! ¡ qué náuseas ! Ni Leroy ni todos los suyos inventaron jamás breva je más horrendo ni más..... ¡ La toalla, volando ! ¡ La camisa ! ¡ Los pantalones ! ¡ Á quitar la capa de sal que me punza como un millon de agujas ! ¡ Corriendo á secar los ojos, á limpiarme los oídos, á frotar brazos y piernas !..... Desapareció la desazon del cuerpo ; pero, ¿ y la de la boca ? ¡ Qué gusto tan execrable ! ¡ Qué tos ! ¡ Ay de mi garganta ! ¡ Qué agua, Dios mio !..... Maldita fuiste, decia yo, maldita eres y con razon..... indigna de ser abrevadero de serpientes, has ido, como para vengarte, á sorprender á quien te miraba tal vez hasta con curiosidad. Bien reconozco en tí el sello de la infamia y de la corrupcion..... Huye de mis miradas, escóndete..... ¡ Que un diluvio de rayos te evapore, y deje tus heces para veneno de los animales más inmundos !

(Viaje de Ceilan á Damasco.)

(5) *Página 15.*

Donde alzó Salomon el portentoso
Templo al Omnipotente,
Que todo un pueblo fabricó, anheloso
De hacer á Dios magnífico presente.

En la construccion del templo de Salomon se emplearon :

3.600 sobrestantes.

80.000 hombres para la explotacion de canteras y labra de piedras.

70.000 para la conduccion de materiales.

Hiram, rey de Tiro, proporcionó artífices, y se encargó del córte de maderas del Libano, enviándolas en balsas hasta Joppa.

El oro puro de que se hizo pródigo uso en la ornamentación del interior del templo, procedía de Paruain.

(6) *Página 18.*

Perseguid el pecado cuando nace.

Y en los pliegues se oculta del deseo.

La religion cristiana, al penetrar en el secreto del pensamiento, al condenar el deseo, al ordenar ahogar en su cuna al mal, ¿ es una religion profundamente sabia y civilizadora, ó es una religion tiránica é impracticable? El primero de los filósofos modernos, el ilustre y malogrado Balmes, examina este asunto, y prueba de una manera indudable que el precepto cristiano está fundado en la misma naturaleza del corazon del hombre. Creo que mis lectores verán con gusto las líneas que en pro de esta idea escribió nuestro eminente compatriota :

«Meditando sobre la naturaleza del corazon del hombre, y ateniéndonos á lo que nos enseña la experiencia de cada dia, puede asegurarse que el medio más adaptado para enfrenar una pasion es dejarla sin esperanza, y que el condescender con ella, el permitirle continuos desahogos, es incitarla más y más, es jugar con el fuego alrededor del combustible, dejarle que prenda en él una y otra vez, con la vana confianza de que siempre será fácil apagar el incendio.

»Demos una rápida ojeada sobre las pasiones más violentas, y observemos cuál es su curso ordinario, segun el sistema que con ellas se practica. Ved al jugador, á ese hombre dominado por un desasosiego indefinible, que abruga al mismo tiempo una codicia insaciable y una prodigalidad sin límites ; que ni se contenta con la más inmensa fortuna, ni vacila en aventurarla á un azar de un momento ; que en medio del mayor infortunio sueña todavía en grandes tesoros ; que corre afanoso y sediento en pos de un objeto que parece el oro, y que, sin embargo, no lo es, pues que su posesion no le satisface ; ved á ese hombre, cuyo corazon inquieto sólo puede vivir en medio de la incertidumbre, del riesgo, suspenso entre el temor y la esperanza, y que al parecer se complace en esa rápida suce-

sion de vivas sensaciones, que de continuo le sacuden y atormentan : ¿ cuál es el remedio para curarle de esa enfermedad, de esa fiebre devoradora ? Aconsejadle un sistema de condescendencia, decidle que juegue, pero que se limite á cierta cantidad, á ciertas horas, á ciertos lugares, ¿ qué lograréis ? Nada, absolutamente nada. Si estos medios pudieran servir de algo, no habria jugador en el mundo que no se hubiese curado de su pasion, porque ninguno hay que no se haya fijado mil veces á sí mismo esos límites, que no se haya dicho mil veces : « Jugarás no más que hasta tal hora, no más que en este ó aquel lugar, no más que sobre tal cantidad. » Con estos paliativos, con estas precauciones impotentes, ¿ qué le sucede al desgraciado jugador ? que se engaña miserablemente, que la pasion transige para cobrar fuerzas y asegurar mejor la victoria, que va ganando terreno, que va ensanchando el círculo prefijado, y que vuelve á los primeros excesos, si no á otros mayores. ¿ Quereis curarle de raíz ? Si algun remedio queda, será, no lo dudeis, abstenerse desde luégo completamente. Esto á primera vista será más doloroso, pero en la práctica será más fácil : desde que la pasion vea cerrada toda esperanza empieza á debilitarse, y al fin desaparecerá. No creo que ninguna persona experimentada tenga la menor duda sobre la exactitud de lo que acabo de decir, y que no convenga conmigo en que el mejor medio de ahogar esa formidable pasion es quitarle de una vez todo pábulo, dejarla sin esperanza.

» Vamos á otro ejemplo. Supongamos á un hombre señoreado por el amor ; ¿ creéis que para curarle será conveniente consentirle un desahogo, concediéndole ocasiones, bien que ménos frecuentes, de ver á la persona amada ? ¿ Pareceos si podrá serle saludable el permitirle la continuacion, vedándole empero la frecuencia ? ¿ Se apagará, se amortiguará siquiera, con esa precaucion la llama que arde en su pecho ? Es cierto que no : la misma compresion de esta llama acarreará su aumento y multiplicará su fuerza, y como por otra parte se le va dando algun pábulo, si bien más escaso, y se le deja un respiradero por donde puede desahogarse, irá ensanchando cada dia ese respiradero, hasta que al fin alcance á

desembarazarse del obstáculo que le resiste. Pero quitad á esa pasion la esperanza : empeñad al amante en un largo viaje, ó poned de pormedio algunos impedimentos, que no dejen entrever como probable, ni siquiera posible, el logro del fin deseado ; y entónces, salvas algunas rarísimas excepciones, conseguiréis primero la distraccion, y en seguida el olvido. ¿ No es esto lo que está enseñando á cada paso la experiencia? ¿ No es éste el remedio que la misma necesidad sugiere todos los dias á los padres de familia? Las pasiones son como el fuego ; se apaga si se le echa agua en abundancia ; pero se enardece con más viveza si el agua es poca é insuficiente.

» Pero elevemos nuestra consideracion, coloquémonos en un horizonte más vasto y observemos las pasiones en un campo más extenso y en regiones de mayor altura. ¿Cuál es la causa de que en épocas tormentosas se exciten tantas y tan enérgicas pasiones? Es que todas conciben esperanzas de satisfacerse ; es que volcadas las clases más elevadas, y destruidas las instituciones más antiguas y colosales, y reemplazadas por otras que ántes eran imperceptibles, todas las pasiones ven abierto el camino para medrar en medio de la confusion y de la borrasca. Ya no existen las barreras que ántes parecían insalvables, y cuya sola vista, ó no dejaba nacer la pasion, ó la ahogaba en su misma cuna ; sólo se necesita valor y constancia para saltar intrépido por enmedio de los escombros y ruinas que se han amontonado con el derribo de todo lo antiguo. »

(*El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*)

(7) *Página 29.*

... Que el alma recogida
En éxtasis interno,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar ;
Al Padre, santo espíritu,
Sublime y sempiterno,
De quien el mundo es templo
Y el corazon altar.

El venerable P. Scio, obispo de Segovia, en cuyas notas á la

Biblia resplandecen la más sana crítica y la más profunda erudición, hace el oportuno comentario que sigue acerca de la enseñanza que se desprende de las palabras de Cristo á la Samaritana :

«Ha llegado el tiempo en que el culto del verdadero Dios no estará ceñido ú este ó al otro lugar ni á esta ó la otra nación. Ha llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores le darán un culto espiritual y verdadero por la fe, la esperanza y la caridad; culto muy diferente del que le dan ahora los judíos, que sólo consiste en ceremonias exteriores y figurativas.

»Jesucristo no *excluye* por eso todo culto exterior, nos enseña solamente que es inútil y que no puede honrar á Dios, cuando no va fundado sobre el interior y del espíritu.»

(8) *Página 38.*

¿Es á los ojos tuyos más culpable
La adúltera mujer que Magdalena ?

La cuestion que aquí se indica ha sido tratada por Jovellanos con tanta valentía como elocuencia, en su célebre epístola á Arnesto, de la que copio los siguientes versos :

« Veo apagadas las nupciales teas...
..... ¿Quién ¡ oh Témis!
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio;
Contra la débil huérfana, del hombre
O del oro acosada, ó al halago,
La seducción y el tierno amor rendida,
La expillas, la deshonoras, la condenas
A incierta y pura reclusion, ¿y en tanto
Ves, indolente, en los dorados techos
Cobijado el desórden, ó lo sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo? »

(9) *Página 40.*

Y por tu mano inmaculada escrito
De fuego eterno con buril ardiente,
En su pálida frente
Lleve por todo nombre su delito.

Aparte de ésta, las demas mujeres son conocidas en el Evangelio, ya por su nombre propio, como María, Magdalena, Salomé, etc.; ya por su patria, como la Samaritana, la Cananea; ya por el nombre de su familia, como la hija de Jairo.

(10) *Página 41.*

¿Dó van las mal ceñidas
Veladas plañideras ?

Acostumbraban los hebreos, lo mismo que los griegos y los romanos y otros pueblos de la antigüedad, á llamar para los funerales *plañideras*, ó sea mujeres que con voces quejumbrosas y desacordes excitaban la compasiou de los circunstantes.

Aun se conservan en algunas partes vestigios de esta antigua costumbre, abolida por la Iglesia.

En la casa de Jairo habia ademas, segun San Mateo, tañedores de flautas, que tambien se hacian venir en tiempos de luto para formar, juntamente con las plañideras, conciertos fúnebres y conmovedores.

(11) *Página 41.*

Del opulento Jairo
Aquella es la morada.

Jairo era príncipe de la Sinagoga de la ciudad de Capharnaum en Galilea. (San Lúcas, cap. VIII.)

(12) *Página 53.*

El hombre delinquió; nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente Rey de la desgracia.

Nuestra religion enseña que el hombre ha nacido en el pecado. Séneca, Ciceron y otros sabios de la antigüedad indicaron que debia haber alguna causa divina de nuestros males y errores, y que nuestra existencia es una especie de castigo. Los hierofantas, al explicar á los iniciados los más recónditos

misterios del templo de Eleusis, establecían la máxima de que los hombres han nacido expresamente para expiar en esta vida faltas cometidas en otra vida precedente.

Pascal manifiesta que la trasmisión del pecado original es el más incomprensible de todos los misterios de nuestra religión, pero sin el que no podemos tener conocimiento alguno de nosotros mismos. Este misterio es inconcebible, añade, pero aún es más inconcebible el hombre sin este misterio.

(13) *Página 55.*

A los cuidados del hogar atenta.

Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa. (San Lucas, cap. x.)

(14) *Página 63.*

Y es Berenice el nombre de la hermosa,
De Palestina encanto.

La Verónica es una figura meramente tradicional, de la que no hablan los libros sagrados, y cuya existencia ha sido negada por varios críticos.

El nombre de Verónica está compuesto de una palabra griega y otra latina, que significan *verdadera imagen*, aludiendo al rostro de Cristo impreso en el lienzo que lleva en sus manos, que es como constantemente la han presentado escultores y pintores.

Su verdadero nombre es el de Berenice.

Hojeda, en su *Cristiada*, refiere en las dos siguientes octavas la piedad de esta mujer :

« Y tú también entonces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria ;
¡ Oh pia osadamente ! ¡ oh tú felice ,
Que en tanta pena, lumbres de su gloria
Hurtaste al afligido Dios, oculto
En una estampa del humano vulto !
» Esta mujer en medio de la calle

Salio á mirar á Cristo lastimado,
Y viendo un hombre de tan lindo talle
Con tan graves tormentos fatigado,
El rostro con piedad llegó á limpiarle,
Y en lienzo tan fiel quedó estampado,
Que hoy muestra Roma en él su origen vivo
Y el pecho de la dueña compasivo.»

El papa Bonifacio VIII hizo llevar de la iglesia del Espiritu Santo á la de San Pedro un lienzo llamado *verónica*, sobre el que está trazada la imagen del Salvador del mundo.



La Verónica es una palabra compuesta de una palabra griega y una latina, que significa "verdad siempre", aludiendo al rostro de Cristo impreso en el lienzo que lleva en sus manos, que se como constantemente en una presentación ecuménica y piadosa. Se venaban nombres en el de Verónica. Hojeda, en su *Historia*, refiere en las dos siguientes ocurrencias la piedad de esta mujer.

ÍNDICE.

	Páginas.
Licencia eclesiástica.	V
<i>Prólogo</i> de D. Gaspar Nuñez de Arce.	VII
<i>Cuatro palabras acerca de esta segunda edicion</i> por don Pedro Domingo Montes.	XVII
MARÍA. Invocacion.—Pureza virginal.— <i>Ave Maria</i> .—Nacimiento de Jesus.—Amor materno.—Los Sabios de Oriente.—Heródes.—Huida á Egipto.—Cristo.—Su predicacion.—Sus milagros.—El lábaro del Gólgota.— <i>Stabat Mater</i> .—Las tres coronas.—Símbolo del dolor.— <i>La Asuncion</i> .—Plegaria.	I
MAGDALENA. Aspecto general de Judea.—Jerusalen.—Las Judías.—Magdalena.—Sus encantos.—Sus vicios.—Sermon en el monte de Betsaida.—Arrepentimiento de Magdalena.—Amor divino.—Grandes angustias.—Jesus en casa de un fariseo.—La pecadora á los piés de Cristo.—Perdon de Magdalena. . .	13
LA SAMARITANA (escena única).	25
LA MUJER ADÚLTERA. Ley de Moisés sobre el adulterio.—Consulta farisaica.—La primera piedra.—Jueces culpables.— <i>Vade et jam amplius nolle peccare</i> .—Dudas de un discípulo de Cristo, y respuesta del Divino Maestro.—El Redentor anuncia á Juan las obras que ha de escribir, y le previene lo que ha de decir de la mujer adúltera.—El delito por nombre. . .	33
LA HIJA DE JAIRO. Jairo ante el cadáver de su Hija.— <i>Non est morta puella, sed dormit</i> .—Vuelta á la vida.—La voz de la resucitada.	41
MARTA. La criatura-rey.—Marta.—Resurreccion de Lázaro.	53
BERENICE (<i>la Verónica</i>). La Caridad.—Berenice.—Sentencia de Jesus.—Camino del Calvario.—Cae Cristo con la cruz á cuestas.—La mirada del Salvador.—Berenice acude en su auxilio.—Simon el Cyrineo.—El lienzo milagroso.—La Fe.—Diálogo entre Berenice y una de sus esclavas.	59
<i>Notas</i>	73



COMPAÑIA DE CARRIOS MÓVILES
DE
CORREOS
DE
SORIA
ELECTRICA

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

PREMIADA EN LA EXPOSICION DE VIENA.

Se ha terminado el tomo VIII, con muchas láminas: 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Los tomos anteriores al mismo precio.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Por un año en Madrid.	10 pesetas.
— en provincias.	12 pesetas 50 céntimos.
Por seis meses en Madrid.	5 pesetas 50 céntimos.
— en provincias.	7 pesetas.
Por tres meses en Madrid.	3 pesetas.
— en provincias.	3 pesetas 75 céntimos.

Los tomos publicados se venden á 6 pesetas en Madrid y 7 y 50 céntimos en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la administracion, plaza de Matute 2.

D
20

